

# NIPPUR

DE LAGASH

50  
ANIVERSARIO

ORÁCULO

ROBIN WOOD  
LUCHO OLIVERA



**Vol 6**

**ORÁCULO**

**LOS GUIJARROS DE LA**

**MUERTE**

**CRÓNICA DESESPERANTE DE**

**JACODEO**

**EL HOMBRE NECESARIO PARA**

**LARSA**

**LA FERIA**

**LAS HUELLAS DEL HOMBRE DE**

**OJOS**

**AMARILLOS**

**MELODÍA DE LA FLAUTA Y EL**

**GUERRERO**

**RECUERDO DE LOS**

**VAGABUNDOS**

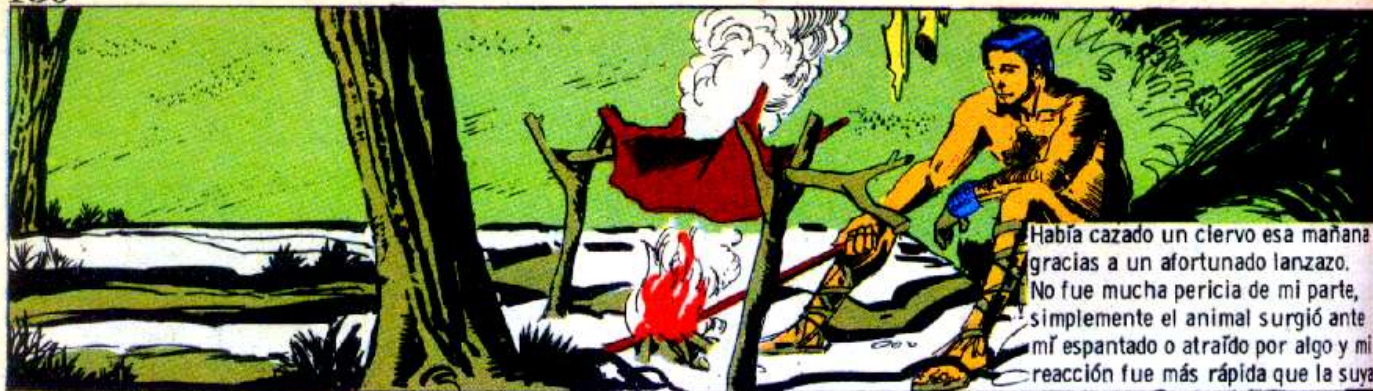
NIPPUR DE LAGASH

# ORACULO

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA



Había cazado un ciervo esa mañana gracias a un afortunado lanzazo. No fue mucha pericia de mi parte, simplemente el animal surgió ante mí espantado o atraído por algo y mi reacción fue más rápida que la suya.

Por ello colgué mis mantas y mis armas en aquel bosquecillo y comencé a disfrutar de mi presa. Disfrute que también incluía labor.



Cazar un ciervo es la fortuna del vagabundo. Puede comer carne fresca, asada sobre brasas. Puede salar carne con la cual llenar su bolsa. Además la lengua es un delicioso bocado.



Y su piel, curada y golpeada, ofrece nuevas sandalias, nuevas correas para las muñecas y para reparar las ropas gastadas. Y sus cuernos sustituyen las empuñaduras quebradas de cuchillos y espadas.



(Sí. Gran fortuna es cazar un ciervo.)



Entonces oí algunas pisadas a mis espaldas. Mi oído adiestrado me dijo que eran pies lentos, meditativos, pies que deambulaban sin prisa y sin objeto.



(Pies de hombre que piensa mientras camina.)

Una rama crujió y el sacerdote apareció frente a mí, entre los árboles. Era de mediana edad, de aire gentil y pulcras ropas blancas. Sonrió al verme.



Los dioses te protejan, forastero.

Y entonces vio los restos sangrientos del ciervo. Lo vi palidecer.

¿Qué has hecho? ¿Has matado?

Sí. He cazado un ciervo. ¿Por qué? ¿He hecho mal?



¿Sabes por ventura dónde estás?



No. Es la primera vez que piso estas regiones. Soy forastero como verás por mi ropa y por mi lengua.

Comprendo y veo que no hubo mal en tu acción. Por lo tanto te explicaré el sitio donde te hallas.



Por favor, siéntate y comparte mi comida.

Me sentaré contigo pero no comeré. Soy sacerdote y sólo me alimento de hierbas pero tú puedes comer mientras yo te hablo.





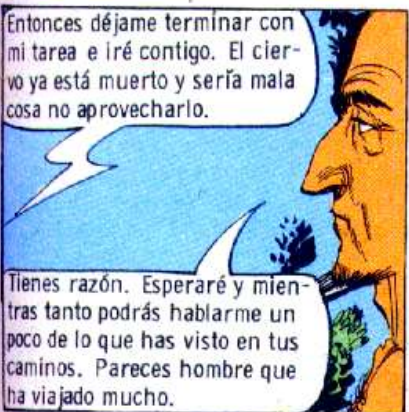
Este es el bosque de los oráculos y su área es sagrada. Animales y hombres que penetren en él son intocables pues los protege la voz de los dioses que se hace oír en el templo que se alza en el corazón de la foresta.



Allí llegan peregrinos de todas partes buscando una respuesta a sus angustias y sus anhelos y la criatura sagrada les responde con la voz de los dioses que resuena por su boca.



¿He pecado contra el oráculo entonces?  
No. Peca aquel que sabe, no aquel que ignora, pero deberás purificarte en el templo.



Entonces déjame terminar con mi tarea e iré contigo. El ciervo ya está muerto y sería mala cosa no aprovecharlo.

Tienes razón. Esperaré y mientras tanto podrás hablarme un poco de lo que has visto en tus caminos. Pareces hombre que ha viajado mucho.



¿Viajado? Tal vez. Más bien me siento como una roca que cae por las laderas rebotando contra todas las salientes sin poder detenerse nunca.



El sacerdote sonrió bondadosamente. No era viejo, pero parecía un hombre sabio.

Veo que también eres un hombre que ha conocido mucho sufrimiento.



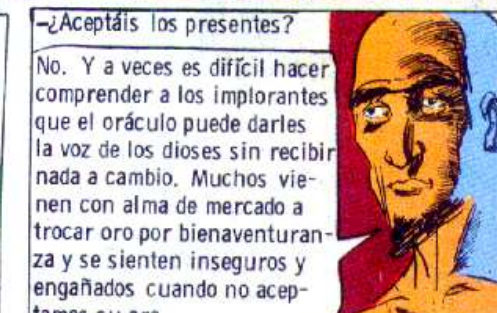
Vamos al templo. Ya he terminado mi tarea.  
Sígueme.



A medida que nos adentrábamos en el bosque comencé a vislumbrar rastros de hombres y bestias por todas partes.

Veo que los peregrinos afluyen aquí por millares.

—Sí. Llegan desde todos los países con presentes para el oráculo.



—¿Aceptáis los presentes?

No. Y a veces es difícil hacer comprender a los implorantes que el oráculo puede darles la voz de los dioses sin recibir nada a cambio. Muchos vienen con alma de mercado a trocar oro por bienaventuranza y se sienten inseguros y engañados cuando no aceptamos su oro.



El alma del hombre es un pozo donde cada piedra arranca un sonido diferente. Y hay algunos ingenuos que dicen comprenderla.



He allí el templo.



Era casi una caverna cavada contra una formación rocosa que se levantaba entre los árboles. Y vi numerosos peregrinos con sus acémilas acampados a su alrededor. Olfía a fogatas e inciensos y reinaba un gran silencio.

Entramos en el templo oscuro, lleno de humo balsámico y gente arrodillada. Se oían sollozos ahogados, gemidos y susurros. Alguien reía.



Ven.

Y vi apoyados contra una pared a los seis hombres vestidos de piel y bronce, con sus caras barbudas llenas de cicatrices y aburrimiento y mi ojo experto advinó los cuchillos en las polainas y bajo las pieles. Olfían a ajo y misterio.



Luego seguí al sacerdote y los olvidé. Llegábamos ya al centro del templo donde las llamas de una hoguera se reflejaban en un pequeño estanque de aceite.

Allí está la criatura de los dioses.



Estaba sentada junto al estanque. Parecía un niño pero no lo era. Sus cabellos rubios llegaban hasta sus pies y su piel era blanca como la espuma. Era tan delgada que podía ver su corazón golpear la piel a cada lado.

Un hombre llega a ti, voz de los dioses.

¿Me ve? Tiene ojos extraños...



No lo sé muy bien. A veces mira y otras no. Sus ojos y su salud son caprichosos y débiles. Vivimos temiendo por su vida.

Hunde tus brazos en el aceite...



Así lo hice. Estaba tibio y cenagoso y me repugnó un poco. Entonces el oráculo me miró. Tenía ojos incoloros, extraños...

Tú eres hombre de largas distancias. Tú eres hombre de muchas espadas. Eres hombre de manos sangrientas y corazón limpio...



Sufres... buscas algo y no lo hallas... Buscas la perfección humana y no eres tolerante con las debilidades. Olvidas, hombre, que los hombres son débiles como niños perdidos. No seas duro. Ablanda tu pecho de bronce. No des tus sentimientos como a aquel que da migajas.



El oráculo me sonrió por sobre el aceite luminoso. Una extraña calma de alas pálidas descendió en mi pecho.

No seas tan fuerte, Nippur. No seas como las montañas inaccesibles. Deja que tu espíritu baje a las llanuras humanas. Déja que la ternura florezca en ti. Haz que tus manos dejen de ser puños. Olvida el estruendo de los imperios derrumbados y escucha el canto del arroyo.



Luego calló y lentamente, como una flor que se cierra, bajó la cabeza y encogió brazos y piernas. El sacerdote junto a mí murmuró:

Debemos llevarlo a su lecho. Es débil y esto lo debe haber fatigado. Hace años que no hablaba tanto con nadie.



Quedé allí en silencio, sobre mis rodillas, perdido en mis pensamientos. No sé cuánto tiempo estuve así hasta que...

Nippur...



Ha oscurecido... ¿Cuánto tiempo he estado así?

Varias horas. Todos los demás se han ido ya. Ven. Esta noche duermes aquí.



Allí, a un costado del templo hallarás mantas y pieles. Descansa con los dioses.

Te agradezco.

(Expulsa la dureza, dijo... Abre tu alma, dijo...)



(Pero no es fácil. Cuánta sangre he visto... Cuánta barbarie... Cuánta locura... ¿Cuánta? ¿Cómo poder llenar el pecho con bondad ante la bestialidad de los hombres?)



(Y sin embargo, en este templo se respira algo... Algo puro y bueno... Se respira el aliento de hombres que sólo viven para guiar a otros. Se respira la bondad...)



(Bondad... Fe... Oh, dioses omnipotentes...)

Me dormí, no sé cuánto tiempo. Dormí como un niño satisfecho o como un hombre en paz con todo. Dormí en la gracia de los dioses...



...hasta que me desperté con los cabellos erizados, buscando a tientas mi espada mientras algo hacía sonar mi instinto como la cuerda de un arco.

¿Qué...?



La cara brutal estaba sobre mí y sentí su hedor a ajo, a putrefacción.

Quieto. No te muevas si quieres vivir.



Oí voces susurradas y un rumor conocido. Bronce contra cuero. Espadas saliendo de las vainas. Sombras bailando contra las paredes de roca.



No entendía aún bien lo que ocurría cuando mis manos fueron atadas rabiosamente a la pértiga de una pequeña carreta de cuyo interior brotaban gemidos. Una lanza me pinchó en la espalda.

En el silencio oprimente de la noche comenzó esa marcha fantasma por el bosque, rodeado de las sombras siniestras y con el gemido lastimero siempre a mis espaldas.



La luz del día (feroz luz de sol relampagueante) nos sorprendió en unas estribaciones montañosas y áridas donde trepé entre tropezones y bamboleos de la carreta. Y el gemido...

(¿Qué hacen? ¿Adónde vamos?)



Alto. Descansaremos una hora antes de seguir. Come y bebe. Lo necesitarás.



¿Cómo está?

Gime. Ha bebido agua locamente. Creo que el sol le hace mal.



¡Bah! Es más que un ser humano. Aguantará hasta que salgamos de la región.



¿Qué quieres hacer con el oráculo, hombre?

Me llamo Rifak. Y quiero el oráculo para ser poderoso.



No entiendo...



¿Qué no podré conseguir con el oráculo en mis manos? La gente vendrá a él con sus presentes de oro y yo los tomaré en vez de rechazarlos como estos estúpidos sacerdotes. Con mucho oro podré, sin dudas, conquistar reinos en nombre del oráculo. ¿Quién lo enfrentará?

Me quedé mirándolo estupefacto ante su increíble bestialidad y su inmensa y maloliente humanidad. Por fin atiné a balbucear...

Hombre imbécil... ¿Por eso lo has hecho? ¡Estás loco!



Cuida tu boca. No quiero fatigar a mis hombres tirando de la carreta por si hay combate y por eso aún vives, pero solamente por eso. Recuérdalo.



Loco... loco... loco...



¡Rifak! ¡El oráculo tiembla y todo su cuerpo arde! ¡Creo que está mal!



El sol... El sol lo hace gritar...  
Lo enferma...



Hay que sacarlo de aquí.

¡Vamos! ¡En marcha!



A golpes, a gritos, azuzado como un animal, comencé aquella marcha de pesadilla entre las rocas escabrosas, tambaleándome, cayéndome, bajo un sol de fuego...



Mis manos, mis rodillas, mis pies se desollaron en golpes y caídas y la sangre se mezcló con mi transpiración y mi jadeo ronco con el llanto desesperado de la carreta...



¡Apura! ¡Apura, maldito seas!



-Mira, Rifak... Parece que se debilitara...

Aguantará, estoy seguro...

(Lo están matando... Los sacerdotes han cuidado su vida como una llama débil y ahora estos cerdos sanguinolentos...)



(¡Oh, dioses! ¿Por qué permitís esto? ¿No hay rayos? ¿No hay un fuego que borre hasta el rastro de esta horda humana?)



Y el llanto subiendo y bajando bajo el sol de calor y la tierra rajada...



Creo que se está...

¡Cállate! Aguantará...

Y el llanto débil y fino como un hilo de agua flotaba sobre el estruendo de las ruedas entre las rocas...

(Lo matarán... Su pobre cuerpecillo no soportará esto.)



Escucha, Rifak... Tengo miedo... Creo que hemos cometido un pecado horrible. Volvamos atrás, devolvamos al oráculo...

¡Cállate! Si vuelves a hablar del asunto, te mato.

Y el llanto débil...  
 (Están enloqueciendo de terror... Todos, hasta Rifak... Comienzan a comprender lo que han hecho... Lo que están haciendo...)

Y el llanto no cesa...  
 Rifak... volvamos. Volvamos... Devolvamos al oráculo... Tengo miedo.

Y el llanto...  
 ¡Cállate! ¡Te lo advertí!  
 ¡Ahhh!

Y el llanto...  
 Devolvámoslo... Estamos cometiendo una locura.  
 Te mataré, cobarde. Te...

Pero...

El llanto...

Todos los rostros se volvieron a la carreta donde el llanto había cesado. Un escalofrío me corrió por las carnes.

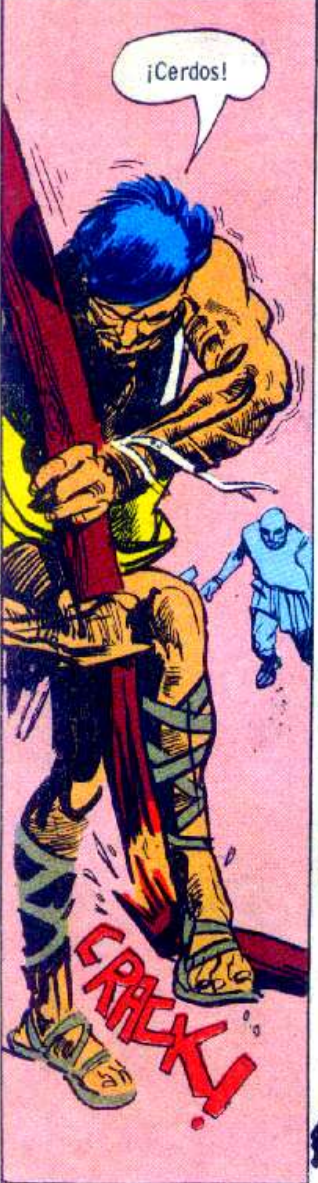
Y uno se acercó y alzó la manta. Luego un rostro amarillo y despavorido se alzó.  
 Está muerto.

(Criatura de los dioses. Lo que te han hecho... Cerdos, cerdos...)



¡Cerdos!

Una furia salvaje trepó como arañas por mis huesos y mis tendones hasta llegar a mi cerebro donde estalló como un relámpago rojo...



¡Cerdos!



¡Ahh!



Me incliné a toda velocidad y mis manos se cerraron sobre el mango del hacha. Mis dientes castañeteaban y todo mi cuerpo temblaba como afiebrado...



¡Ahhh!



Ahora...

¡Aahhh!



¡Tú también! ¡Recibe tu merecido!



¡Noooo...! ¡Ahh!



Y ahora tú... el peor, el primero, el mayor asesino...



No... espera... Tengo... Tengo oro...



Lancé un grito que me ensordeció y todo estalló en rojo y negro. Sentí mis manos con toda la fuerza del mundo explotando en mis dedos...

¡Aahhhhh!



¡Los dioses te esperarán más allá del Mar Negro! ¡Maldito seas!



Nippur... ¿TÚ?



Yo, sacerdote. Yo. Yo con la más grande tristeza de los mundos. Mira qué trofeo de angustia traigo.



Lo supimos. Las flores murieron de pronto y lo supimos. No lo lamentaremos. Estará bien ahora.

No... No puedo aceptarlo tan fácil como lo dices...



Su alma tan hermosa... ha servido de revolcadero... No... No me resigno... No lo acepto... No.

Nippur...



Estás llorando...

¿Llorando...?



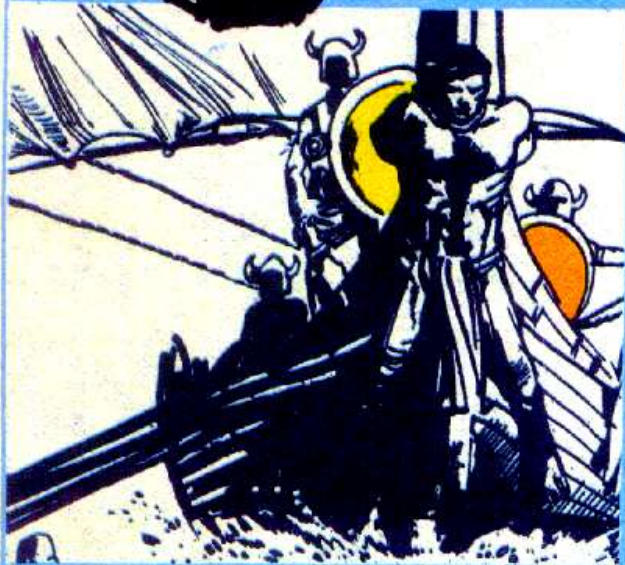
Sí... es verdad... Sí...



Sí... ¡SÍ!

FIN

**LOS  
GUIJARROS  
DE LA  
MUERTE**



**Por ROBIN WOOD**

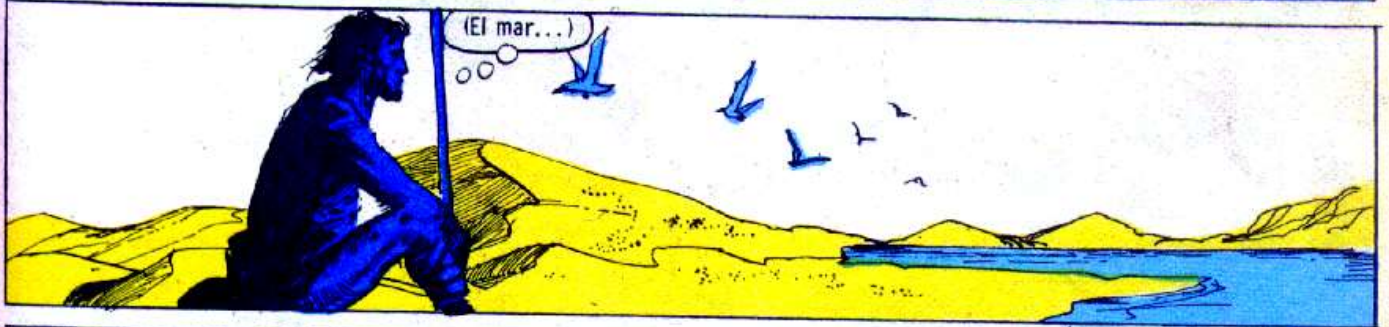
**DIBUJOS DE  
LUCHO OLIVERA**



Al cruzar la última duna ya sabía lo que hallaría del otro lado. El aire estaba pesado y húmedo, ebrio de sol, de sal, de yodo...



...de mar.



(El mar...)

No sé de cuánto tiempo ya, se había incubado en mi alma el silencio. La calma y una rara sensación de paz vivían en mí desde hacía tiempo. No me apuré en llegar a las aguas verdes que se deshacían en la arena amarilla.

De pie, miré todo sin apuro, desmenuzando las pequeñas cosas, asimilando sus significados y sus formas... Un caracol..., un espuamarajo colgando de un tronco viejo...

Una gaviota volviéndose llamurada blanca contra el sol...



Una...

(¿Qué es eso? Parece una cabeza humana...)

Otras cosas que no son mi alma también me han educado. Desvainé mi espada y miré a todas partes antes de moverme... (Parece no haber nadie...)

(Es una cabeza humana... Es una mujer...)



(Nada...)

Volví a detenerme. Ya distinguía la perfecta cabeza asomando de la arena. Las olas de la marea que comenzaba a subir se arremolinaban junto a ella... Volví a mirar a mi alrededor.

(Es una mujer enterrada en la arena hasta el cuello. Cuando la marea creciera, moriría ahogada...)

(Le han puesto un palo en la boca para que no gritara... ¿Quién ha ideado esta tortura?)

Cálmate, muchacha. Yo te sacaré. Cálmate...

Ya está... Espera... No te esfuerces.  
Agua... Agua...

Toma. Despacio. No te apures.

Cuidado... El sanguinario... No te lo perdonará... Vete...  
¿Quién?

Unas palmadas y unas carcajadas me hicieron alzar la cabeza.  
¿Quién...?

Una duna los había cubierto mientras yo avanzaba y luego no los vi, ocupado con la muchacha. Eran una cincuentena de cortesanos que comían sobre tapices extendidos en la arena. Varios reían...  
¡Divertido! ¡Ha llegado un salvador!

Mejor. De lo contrario hubiera sido aburrido. Todos mueren sin variación.  
Eso. Clamirontas tiene razón. Es aburrido.

Silencio todos. Veamos quién es ese misterioso salvador.

Era joven y de aspecto sano. Pero yo ví asomar los pies de oro tallado bajo el borde de su túnica. Tenía joyas y adornos de rey y estaba bajo un dosel amarillo.



Traedlo.

Los guardias se acercaron con entrechocar de corazas. Vi las lanzas chispear bajo el sol. Me envolví el brazo izquierdo con mi manto rojo y empuñé la espada.



Veo que quieres desperdiciar la vida de tu gente.

No pelees. El rey quiere que vayas junto a él. Deja la espada.



Hay demasiados reyes en este mundo. Sería fatigoso tener que obedecer a todos.



¡Ven!



¡Ahhh!

Algo estalló en el aire con rumor de cuerdas y pulseras. No comprendí lo que era hasta muy tarde...



Pero...



¡Es nuestro!



¡Sin golpearlo! ¡No quiero que se le haga daño!

Me arrastraron por la arena como a un animal cazado en dirección a los pies de oro. Quise maldecir pero mi propia humillación y orgullo me hicieron callar.



(No les daré el gusto de gritar.)

Ponte de pie. Si te quedas quieto, mis hombres no te harán daño.



Vaya. Tiene gesto orgulloso. No es un campesino.

Claro que no. Mira los músculos. Y además está cosido de cicatrices.

Has despertado mi curiosidad ¿Cómo te llamas?

Nippur, el hombre de Lagash.

Oí murmullos excitados entre los cortesanos. No me sorprendió pues debían venir de una gran ciudad donde las historias corren.

¿De manera que eres "el errante"? Es la sorpresa más agradable que he tenido en mucho tiempo.

Llevarlo a bordo. Nos servirá de diversión durante nuestro viaje hasta Trimas.

Espera...

¿Qué harás con la muchacha? No es de hombre matar mujeres.

¿Por qué te preocupas tanto por ella? No es más que una imbécil que ni siquiera sabe bailar bien. Le ordené que lo hiciera y me irritó.

¿Es una esclava?

Es la hija de un oficial de mi guardia que quedó en Trimas, mi ciudad. ¿Esclava? Sí, es una esclava. Todos los que me rodean son mis esclavos.

Yo no lo soy.

¿No?

Me sonrió y ví que tenía los dientes muy afilados. La sonrisa convertía su rostro juvenil en la máscara de una hiena.

-Tú también serás mi esclavo, hombre de los caminos. Tú también.

¿Y la mujer, señor? ¿Qué hacemos con ella?

Hizo un gesto con una de sus pálidas manos sin sacar sus ojos de mí. No sonreía.

Mátala. No sabe bailar. Clávala una lanza.

Oí los pasos del guardia sobre la arena a mis espaldas. No me moví pero puntas afiladas se apoyaron sobre mi cuerpo desde todas partes.

No lo hagas. Es una mujer...

Oí el gemido, un rumor sordo y silencio. Bajé la cabeza. El solamente sonrió.

La vida de los esclavos no vale nada. Y todos aquí lo son.

Vamos a mi barco. Quiero mostrarte algo.

Instintivamente miré sus pies. El adivinó eso pues sonrió salvajemente.

Sí. No tengo pies. No tengo piernas. Nací a medias apenas y fui la vergüenza y el horror de mi corpulento padre. Pero fui rey a su muerte, con piernas o sin ellas.

Ven a mi barco, Nippur de Lagash. No me hacen falta piernas. Tengo miles. Tengo velas. Tengo ruedas. Tengo montañas de oro.

Ten cuidado, reyezuelo. Si uno de tus innumerables pies tropieza, tal vez no puedas volver a levantarte.

El golpe vino desde mis espaldas. Alguno de sus guardias debió anticiparse a cualquier deseo de su amo ante mi insulto.

¡Ayy!

Por Samás... Mi cabeza...

Pero... ¿Dónde estoy? ¿Enjaulado?

Así es, Nippur. Enjaulado como un perro. Es una celda pequeña. No puedes ponerte de pie en ella. Cuando lo hagas tu espalda estará curvada como la luna menor. No me agradan las espaldas muy derechas.

Pero antes sal un poco. Tus palabras de la playa fueron muy fuertes para mis oídos. Hace mucho tiempo que nadie se atreve a decirme algo así. Casi hasta es emocionante oír una amenaza. Un rey sólo oye palabras hechas de plumas.

Tú me has hecho oír palabras de bronce. Creo que tú eres de bronce.

Salí de la jaula y me estaré haciendo crujir mis coyunturas. El me contemplaba con el rostro sombrío.

Eres uno de los hombres más altos que he visto y tus músculos son enormes. Tienes manos de piedra.

A mí me hubiera gustado ser como tú. Me hubiera gustado poder cabalgar o montar un carro de guerra. Me hubiera gustado correr por las montañas o nadar en las aguas del mar.




Y mírame. Apenas soy medio hombre aunque esa horda de cortesanos estúpidos me llamen dios y me comparen con Samás, el radiante. En cierto modo sus alabanzas a veces me suenan a burla...



Y sin embargo hombres fuertes y musculosos me obedecen y como antes te dije mis pies se multiplican y soy el más fuerte. Es irónico, ¿no crees?



No es irónico. Es muy común. El oro es un vino que puede elevar a un asno pero que también puede convertir a un hombre en un cerdo.

Hablas de tus piernas, ¿verdad? Conocí no hace mucho a un rey que era ciego, que no tenía riquezas y cuyo reino era un desierto. Lo he visto con el rostro vuelto hacia sus arenas soñando con cosas buenas para el hombre, con cosas que lo elevaran. Ese hombre ciego tenía más ojos que nosotros.

En cuanto a ti... tienes menos piernas que una víbora. Y me- nos alma tam- bién.



¿Pretendes cal- mar tu alma con el lloriqueo por tus piernas que no existen? ¿Pre- tendes con eso justificarte, mi- serable?



Sólo te diré que, jay de tí cuando los dioses presenten sus tablillas y ten- gas que responder ante ellos por tus infamias! ¡Ay de tí, hombre corrom- pido!

¡Cállate!



¡Ay de tí, rey indigno! ¡Ay de tí porque entonces toda la sangre vertida por tus innu- merables manos convergerá sobre ti como un torrente y serás ahogado por ella!



¡No! ¡No! ¡Mátalo, Bruminam! ¡Má- talo! ¡No quiero oír más! ¡Mátalo!




Perro sumerio, te lo has buscado...

Era mucho el tiempo en que se había convertido en ver- dugo y que había dejado de ser un gue- rrero. Olvidó que todo lo que se quiere matar no siempre es oveja...

Pero...



¡Ahhh!





Tienes una mano menos con la que asesinar, chiquillo sanguinario.



¿Lo degollamos?

No...



Atadlo a la proa del barco. Lo llevaremos a la ciudad. Allí tengo un caldero de bronce dentro del cual lo meteré.

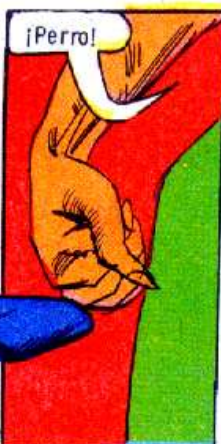


Luego pondré ese caldero sobre el fuego, Nippur, y pasaré toda una tarde oyéndote gritar a medida que el bronce se vuelva rojo.



Sonreí a pesar de que un nudo frío me cerraba el estómago.

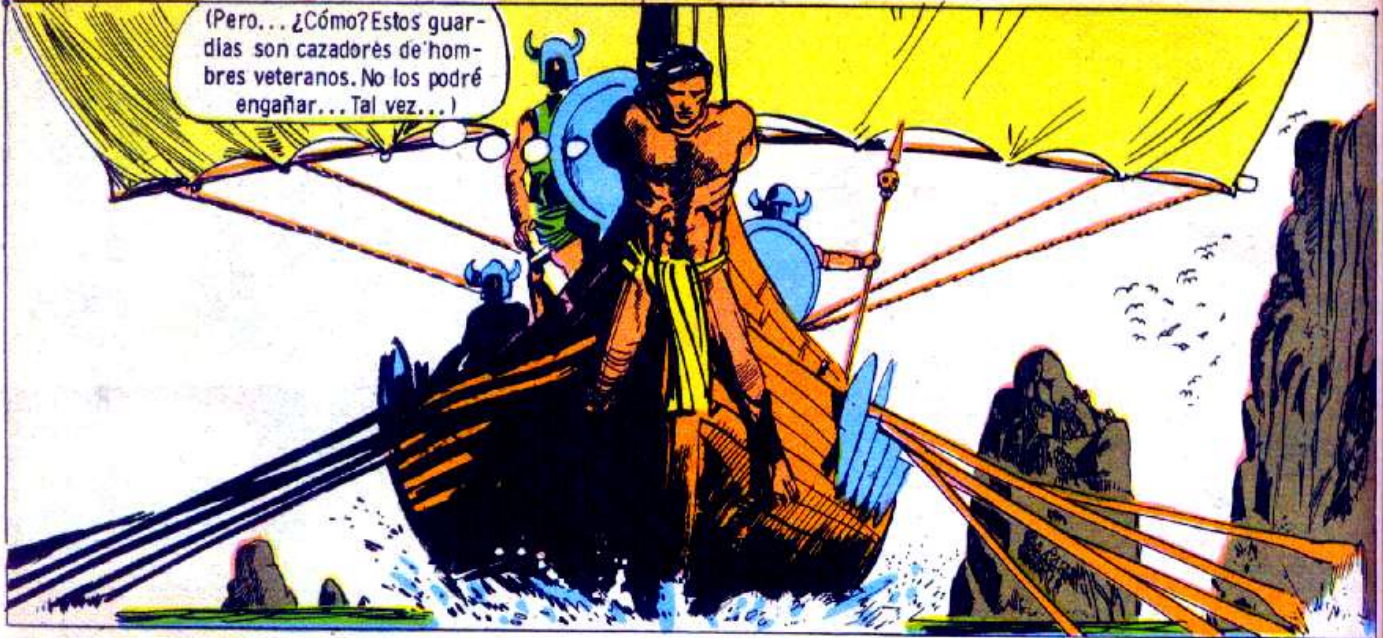
El día en que te metan a tí en él morirás ahogado por el oro derretido de tus piernas.



¡Perro!



(Tengo que intentar algo... Tengo que tratar de huir...)



(Pero... ¿Cómo? Estos guardias son cazadores de hombres veteranos. No los podré engañar... Tal vez...)



Soldado, dame agua...



Me miraron desde lejos, sombríos; ausentes, con ojos callados sin odio y sin vida.

Bebe el viento, sumerio.



Dadme de comer... Tengo hambre...



Come el viento, sumerio.



(Maldición... No se acercarán a mí más que para hacerme desembarcar.)



Una risita me hizo alzar la cabeza. El estaba allí.

Es inútil, Nippur. Nada conseguirás. Nadie te dará oportunidad de huir. Solamente serás libre cuando el caldero esté al rojo vivo.



Estarás muerto y para mí importarás menos que un guijarro arrancado de mi camino.



Un día arrancarás un guijarro que provocará una avalancha y serás sepultado por ello. Tal vez lo hayas arrancado y la avalancha se esté hinchando sobre tu cabeza.



Tal vez... o tal vez no.

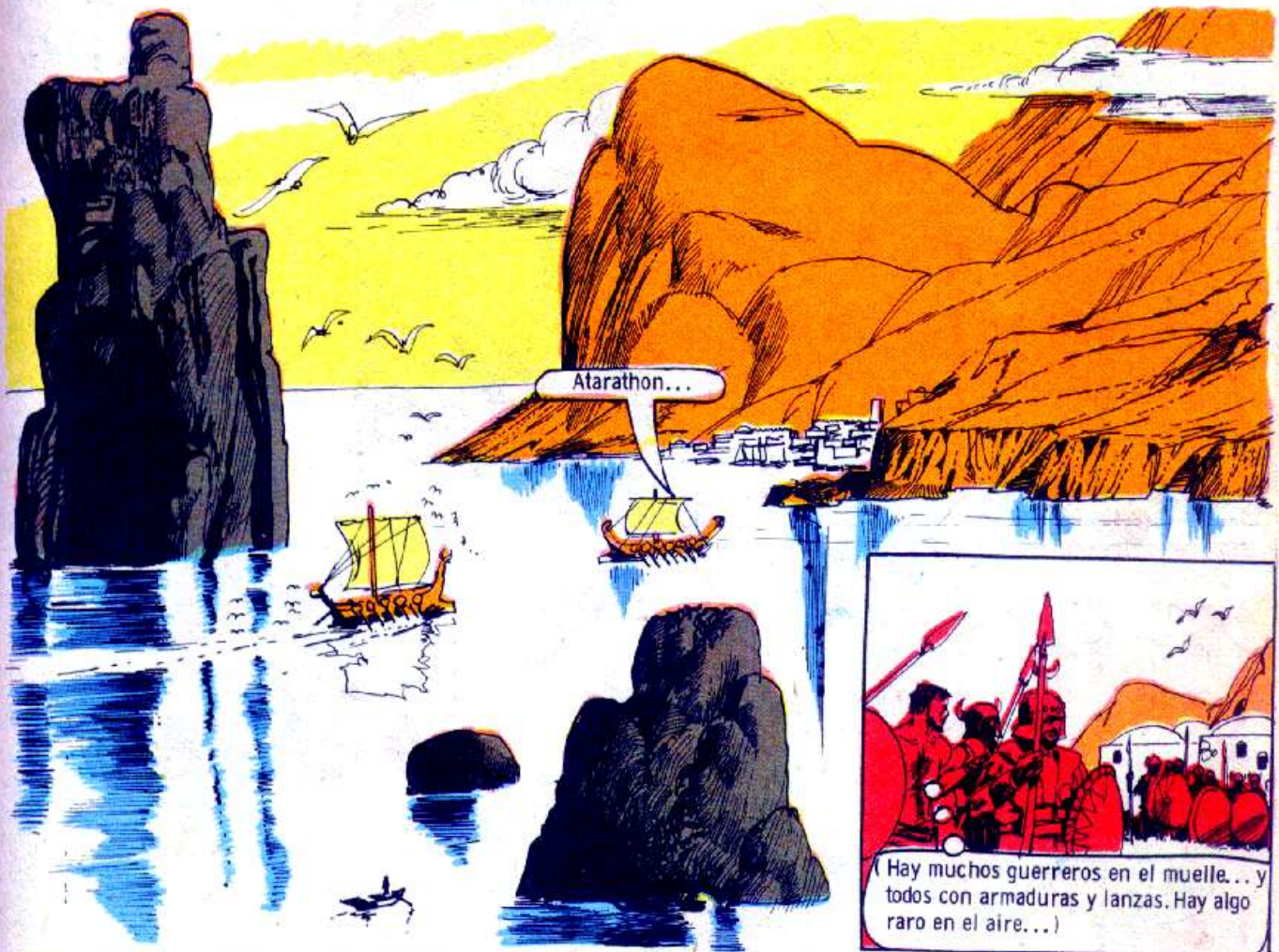
Quedé solo con mis ataduras y la noche, tiritando de frío, azotado por el viento y sintiendo la sal cruzar sobre mi piel. Creo que tenía miedo.

(Mañana llegaremos a su ciudad...)

(Mañana...)

Allá está Trimas. Reluce como un puñado de guijarros blancos...  
O de huesos esparcidos.

¿Qué quieres decir?  
Pienso en Atarathon.



(Hay muchos guerreros en el muelle... y todos con armaduras y lanzas. Hay algo raro en el aire...)

Un jefe de larga barba blanca se acercó al rey. Tenía los ojos sombríos y a sus espaldas se amontonaban los guardias.

Señor... Pastores y caminantes han traído historias terribles aquí...

¿Qué historias, Atarathon?

Mi hija, señor... ¿Dónde está ella?

No sabía bailar, Atarathon. Me ofendieron sus pies torpes...



Entonces... es cierto... No lo pudimos creer... Siempre fui un hombre fiel...



¡Y me has pagado así! ¡Has matado a mi única hija! ¡Perro!



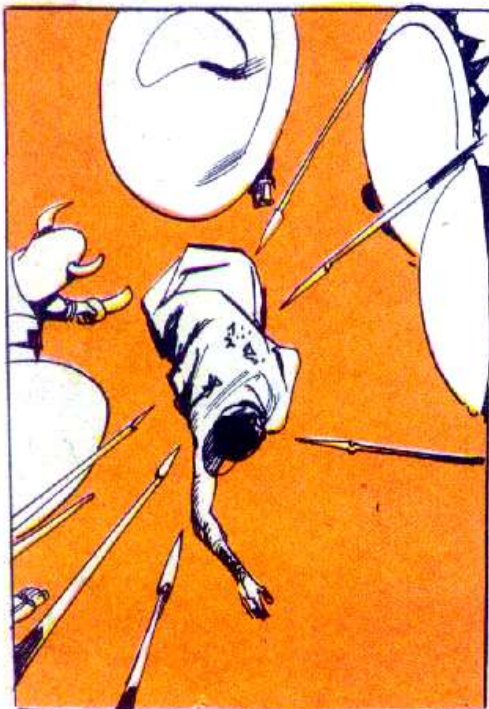
¡No! ¡Espera! ¡Soy...!



¡Ahhh!



¡No...! No... no...



Suelten a los prisioneros del barco y déjenlos ir. En cuanto a los hombres de la guardia, morirán todos. A ellos.



Me acerqué despacio a aquel cuerpo dislocado en el muelle. A mis espaldas oía el choque de bronce y carne y los gritos.

¿Oíste lo que gritó al morir?



No lo entendí muy bien. Dijo algo de guijarro...



La luz del sol arrancó reflejos de luz de los pies de oro tallado y de los charcos de sangre. A mis espaldas los gritos disminuían. El significado de ello me hizo estremecer. Un pedregullo de muerte era el puerto...

FIN

# CRÓNICA DESESPERANTE DE JACODEO

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Me encontraba aquel día sentado al borde de un sendero polvoriento, cerca de la zona semihelena y semiegipcia de Rades, donde han cruzado muchas expediciones guerreras sin que ninguna se sintiera tentada de quedarse.



Naturalmente esto era comprensible con sólo echar un vistazo al paisaje árido y polvoriento, sólo alterado aquí y allá por rocas negras y matorrales espinosos.



(¿Quién podría ser tan imbécil como para querer vivir aquí?)



(Claro que cruzando el pequeño brazo de mar está el valle de Infes y dicen que es hermoso y cuajado de viñedos.)



(Tal vez no sería mala idea llegarme hasta él. El vino bueno es raro por aquí... Además nunca faltará una alegre moza que quiera cuidar de este viejo guerrero.)



Me estiré pláceramente al sol. El calor me infundía una alegre pereza y mis pensamientos eran benévolos y huecos.

(Sí. Sería buena idea.)



(De todas maneras esto está muy solitario aquí. Solamente cruzan vagabundos o...)



(...o imbéciles como dije antes.)



No sé si fue la palabra "imbécil" la que convocó a Jacodeo. Sólo sé que no bien mi cerebro la pronunció un rumor llegó a mis oídos.

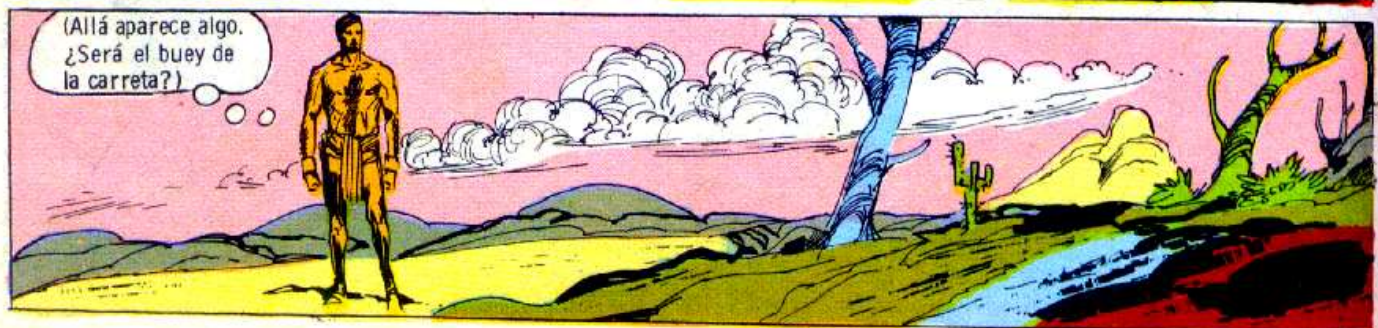
(¿Y eso?)



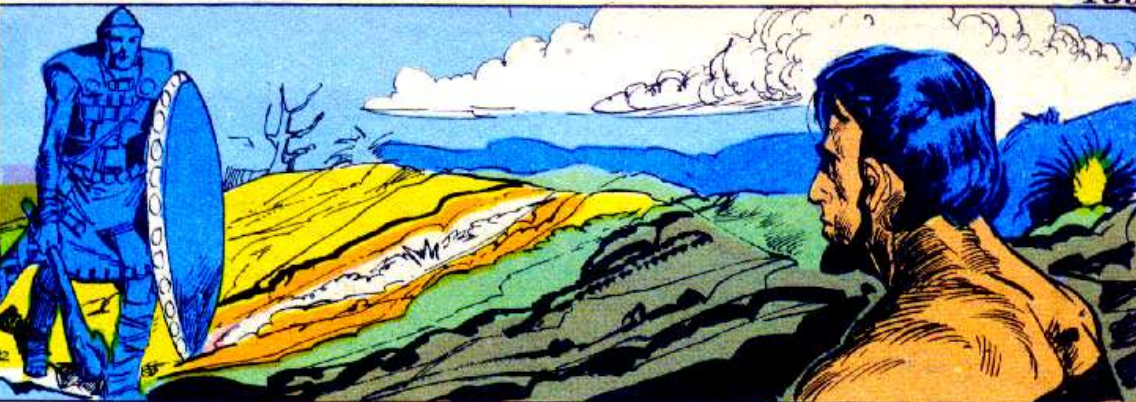
(Parece que viniera una carreta cargada de bandejas de bronce por el ruido...)



(Allí aparece algo. ¿Será el buey de la carreta?)



No era un buey aunque no tardaría en darme cuenta de que la diferencia no era muy grande. Era un guerrero muy alto y muy corpulento cargado de casco, escudo, coraza y demás que producía un verdadero estruendo a cada paso.

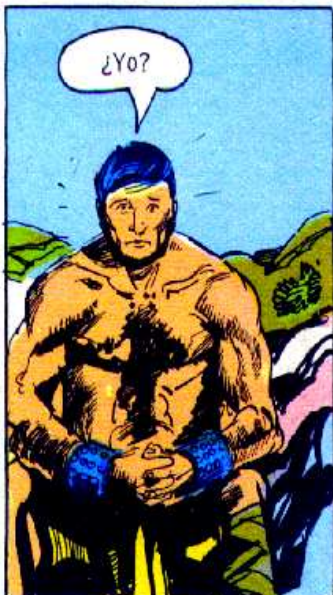


Hasta que me vio...



¡Eh, tú!

¿Yo?



¡Sí! ¡Tú! ¿Reconoces que Lacodeo es rey de estas tierras?



¿Lacodeo? ¿Quién es Lacodeo?

¡Miserable! ¿Te burlas de mí? ¿Finges ignorar el nombre de Lacodeo, amo y señor de Infes?



Me resultó simpático aquel extraño idiota, transpirando en su agobiante armadura y aún con ganas de discutir por algo de lo cual yo no tenía la menor idea. Le mostré mi pellejo de vino.



Ven, hombre, y tómate un trago. Creo que el sol te...

¡Te burlas! ¡Eso te costará la vida!



Tal vez fuera simpático, pero no podía negar que era un poco alarmante ver esta mole paquidérmica que resonaba como todo un ejército en marcha avanzar sobre mí, espada en mano.



Espera, muchacho... No te enfurezcas...

Pero...



¡Ooufff!



Su caída alzó una nube de polvo como la que provocaría una avalancha. Cuando se disipó lo vi despatarrado y comprendí que el peso de su armadura no lo dejaba levantarse.

Vaya... ¿Qué hago contigo ahora?

Por favor, ayúdame a levantarme. Se me está llenando la armadura de tierra.



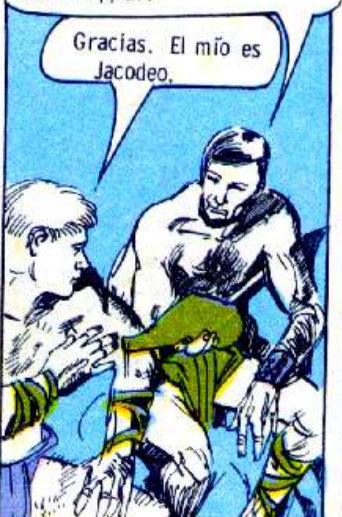
Está bien, pero deja tu espada quieta, ¿eh?

Comencé a soltar correas y ganchos hasta que el pobre diablo pudo emerger mal que mal del revoltijo de bronce y cuero, sudando como un caballo.



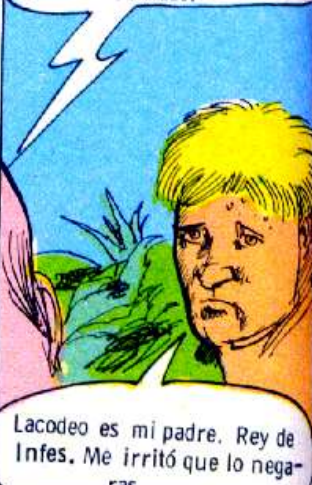
¡Uuuff! No aguantaba más...

Toma un trago de vino. Mi nombre es Nippur.



Gracias. El mío es Jacodeo.

Creí que serías Lacodeo... por toda esa gritería de no sé qué reinado.



Lacodeo es mi padre. Rey de Infes. Me irritó que lo negaras.

No lo negué. Simplemente no tengo la más remota idea de lo que hablas. Soy extranjero en esta región.



Entonces lo comprendo y pido disculpas. Creo que mereces una explicación.

"Mi padre, Lacodeo, era un gran militar que intervino en varias expediciones militares, una de las cuales llegó hasta Infes. Como premio a su valor, su jefe le concedió la corona de Infes."



"Mi padre reinó por tres meses en ella hasta que la nostalgia lo hizo volver a nuestro hogar en la Héla-de. Para su alegría, yo había nacido en su ausencia y encontró un primogénito. Bebió bastante para festejarlo y se cayó de la azotea y se rompió la cabeza. Claro... estaba muy alto."



Por ello cuando llegué a la mayoría de edad decidí reconquistar su reino para honrar su memoria.



¡Por ello declaro que toda la tierra de Infes que me rodea pertenece al valeroso Lacodeo y a sus herederos, o sea yo, su hijo!

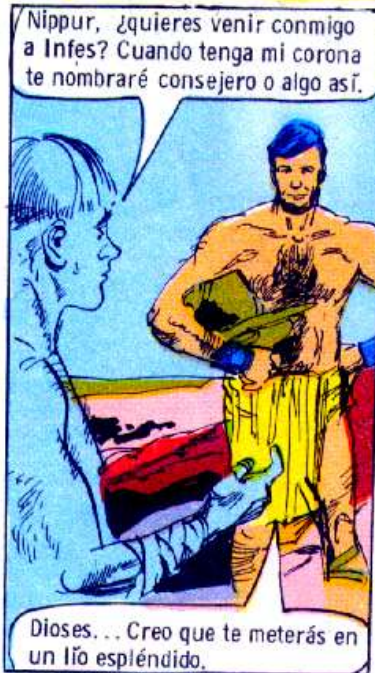


Escucha, Jacodeo...



¿Quiere decir que no he llegado aún? Camino desde hace un año, creo.

Te falta poco. Sólo deberás cruzar un estrecho de mar y estarás en Infes.



Nippur, ¿quieres venir conmigo a Infes? Cuando tenga mi corona te nombraré consejero o algo así.

Dioses... Creo que te meterás en un lío espléndido.



Y por ello sería mejor que te acompañe. Eres demasiado amigo de andar a los garrotazos por cualquier motivo. Alguien debe cuidar de ti y creo que tendría un verdadero sentimiento de culpabilidad si te dejo ir solo.



¡Magnífico! ¡Ya verás lo acertado que estás! ¡Te daré tierras, títulos, oro, casas, esclavos...!

Sosuégate o te quedarás sin reino antes de tenerlo.



¡Salud!

Los dioses nos protegan...



No quiero aburrir a mi memoria con los innumerables disparates que llevé a cabo aquel increíble y bondadoso tonto tambaleándose por los polvorientos caminos de Rades con su aplastante armadura a cuestas.

¡Maldito seas! ¿Cómo noviste la zanja?

Es que se me había caído la visera del casco.



Y luego, el cruce del estrecho brazo de mar me descubrió que si Jacodeo en tierra firme era un desastre, sobre la cubierta de una nave era todo una catástrofe.

Nippur... me muero... Todo se mueve...

Todo no. Sólo el barco.



Nunca... nunca más volveré a subir a un barco. Jamás.

Serénate y no te caigas. Apóyate en mí.



Muy bien. Estás ya en Infes. ¿Qué harás ahora?

Pues... buscaré al rey actual y reclamaré mi trono.

Este...dime, ¿cuán-  
tos años tienes tú,  
Jacodeo?



¿Yo? Veintiocho.  
¿Por qué?

Pues, pensaba que  
hace veintiocho a-  
ños que tu padre  
reinó aquí duran-  
te tres meses. ¿No  
crees que ha pasa-  
do algo de tiempo?  
Tal vez no lo re-  
cuerden...



¡Nadie puede olvi-  
dar a un guerrero  
de la talla de mi  
padre!

No quise discutir con aquel buen muchacho pues, aunque en casi todas sus facetas era manso y tranquilo, esta historia de Infes lo convertía en una muralla de obstinación. Y en ese momento...



¿Qué pasa allá?

Hay una joven dis-  
cutiendo con un  
grupo de hombres.



Sí. Y parecen to-  
dos muy enojados.

Nos acercamos y  
creo que ya a un  
tiro de lanza oña-  
mos los chillidos  
de la joven.



¡He dicho que no y es no! ¡Aunque las uvas se vuel-  
van melones! ¡No, no y no!

Te quiero, Amia. No puedes  
ser tan dura.



Cállate, papanatas, y di-  
le a tu padre que si quie-  
re los viñedos de Infes  
que busque otra manera  
de conseguirlos...

¡Si no quieres venir a las buenas, te llevaré a la  
rastra!

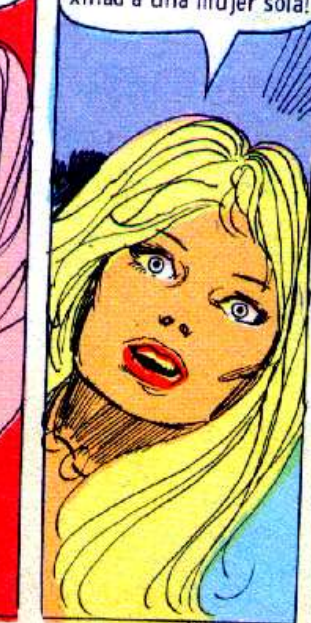


¡No! ¡Socorro!

¡Socorro, viajeros! ¡Au-  
xiliad a una mujer sola!



Nippur... ¿Qué hace-  
mos?



Yo, nada. Cada vez  
que he auxiliado a u-  
na mujer en cuestio-  
nes amorosas he re-  
cibido un palo en la  
cabeza.



Ahora en tu caso es diferen-  
te, claro. Es tu súbdita al  
fin y al cabo.



¿Mi súbdita?

Claro. Dado que reclamas la corona de Infes tienes también autoridad y deber de protección a todos sus pobladores.

Humm.

¡Por los dioses que tienes razón! ¡Y esos bellacos se atreven a atacar a una de mis vasallas! ¡Los haré pedazos!

Veo que comienzas bien.

Con mi pellejo de vino sobre las rodillas me senté cómodamente para disfrutar del espectáculo.

(Creo que esto puede llegar a ser divertido si lo contemplamos con buen humor.)

¡Alto allí! ¡Dejad en paz a esa mujer en nombre de Lacodeo, rey de Infes!

¿Lacodeo, rey de Infes? Jamás hemos oído de él.

Ya dije que este asunto del reinado era el único punto débil del buen Jacodeo. Yo lo sabía pero aquellos pobres diablos lo ignoraban y no podían prever su reacción.

¡Ah! ¿Te atreves a negarlo, miserable?



¡Espera! ¡No quisimos ofenderte! Yo...

¡Cuántas cosas serían fáciles de solucionar si la gente se detuviera a hablar un momento en lugar de comenzar a los espadazos.

¡No corráis, miserables! ¡Os rajaré las entrañas!

Noble señor... No sé cómo agradecerle... Eres gentil...

Nada me debes, muchacha. Solamente cumplí con mi deber. ¿Quiénes son estos viles?



Son hermanos, hijos de un tal Harmahn, dueño de muchas tierras a quien le agrada conseguir las tierras de Infes para él, casándose con uno de sus estúpidos hijos.





No entiendo. ¿Por qué tu casamiento le daría Infes a él?

Porque soy la hija de Luman, rey de Infes.



Ay.



Veamos. La carne ya está a punto. ¿Qué tal si dejáis de discutir y comemos?

¿Eh...?



¡Esta necia mujer sigue pretendiendo que nunca oyó hablar de mi padre y que jamás hubo otro rey que su padre en los últimos treinta años!

¡Y es verdad!



Calma. Mañana llegaremos a Infes y podrás hablar con el rey en persona. Mientras tanto come.

Más tarde, Jacodeo insistió en montar guardia como todos las noches lo había hecho cumpliendo con sus enseñanzas militares que en realidad me parecían un poco excesivas.



¿Hace mucho que conoces a este joven, Nippur?

Pues... poco tiempo. Sólo el suficiente para saber que es bueno como pocos.



Este... y dime, ¿sabes si es casado?



Me bastó un vistazo a sus ojos semilevados para reconocer ciertos alarmantes síntomas que yo ya había visto antes en otras mujeres.

Pues... no... no es casado.



¿Te has fijado alguna vez en el hermoso color azul de sus ojos?

Pues... no, a decir verdad. Siempre estoy demasiado ocupado ayudándolo a levantarse del suelo.



Allí está Infes y allí podrás ver a mi padre.

¡Muy bien! ¡Veremos si él recuerda a mi padre!

Luman resultó ser un simpático vejete, con una sospechosa nariz roja y un tufillo a vino delator. Nos recibió encantado y al oír a Jaco se mostró loco de contento.

¡Claro que recuerdo a tu padre! ¿Qué se ha hecho del bellaco?

Se cayó de la azotea de casa.

Ah. Ya veo. Es un mal de familia.

Mi padre era rey aquí.

Mi padre recibió la corona como premio a sus hazañas... , dijo él.

Ah. Me lo temía. Siempre se caía por todas partes y yo tenía que levantarlo.

Claro que sí. Vinimos juntos con las tropas de Hierodantes y la conquistamos. Luego tu padre se la ganó a Hierodantes jugando a la taba.

No sé qué hazañas... El rey de Infes acababa de morir de viejo cuando llegamos, así que no hubo nadie con quien pelear excepto un perro bravo que nos mordió en los pies cuando quisimos entrar en la casa. Por suerte teníamos algunos huesos.

¿Y luego?

Mi padre no lo contó así exactamente...

Entonces... he hecho el viaje inútilmente. Tendré que volver a la Hélade... Eso es... me reintegraré al ejército y buscaré una muerte gloriosa.

Dime, Nippur. ¿Anda bien de la cabeza este muchacho?

Tu padre perdió la corona jugando a la taba conmigo. De todas maneras estaba harto y quería volver. Yo era soltero y me quedé.

No me extraña. Cuando tu padre tenía vino cerca se ponía algo fantástico. Por suerte se cayó rápido de la azotea, de lo contrario estarías ahora reclamando el trono de Egipto.

Sí, lo que ocurre es que se ha caído muchas veces. Además tiene una manía con este viejo asunto del heroísmo.

¡Señor! ¡Señor! ¡Los hijos de Harmahn están aquí! ¡Y vienen con espadas a desafiarte! ¡Gritan que no mereces el trono o algo por el estilo!

¿Otra vez? ¿Y a la hora de la comida?



Señor, tengo una deuda de honor por mis imprudentes declaraciones y deseo enfrentar a estos atrevidos como prueba de mi arrepentimiento.

Si quieres... Yo jamás les presto mucha atención. Generalmente esperan afuera y a veces se insolatan.



¡Allí voy!



Oh, padre... Se va a ir. Yo... no quiero que se vaya... Me moriría.

¿Eh? ¿Conque esas tenemos?



Estuve pensando que no te vendría mal tener un yerno corpulento y bravo que te llene de nietos...

Humm. No es mala idea. Además se podrá encargarse del trabajo.



Pero, ¿cómo convencerlo? Parece un joven terco.

Sí... pero tiene un punto débil.



Y mientras tanto afuera...

¡Ay!



¡Esto en nombre de mi padre Lacodeo!

¡Ay!



¡Espera! ¡No me pegues! ¡Tú tienes razón! ¡Como dijiste antes, Lacodeo es rey!

¡Ah! ¿Te burlas?



¡Toma! ¡Lacodeo no es rey! ¡Cierra tu boca!

¡Ahh!



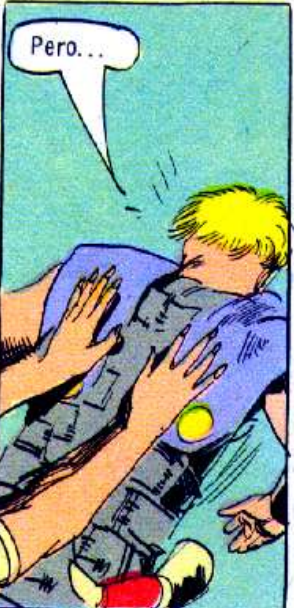
No entiendo... Si dices que no es rey te apalea... Si dices que sí lo es... te pega igual...



¡Y que no vuelva a saber que aparecéis por aquí otra vez! ¡Fuera!

espe-  
arece  
punto

Bien, esto está ya terminado. No creo que ellos vuelvan a molestar a...



Pero...



¡Ouff!



¿Qué haces? ¡Ayúdame a levantarme!

Cálmate, Jacodeo. Tú y yo tendremos ahora una larga conversación.



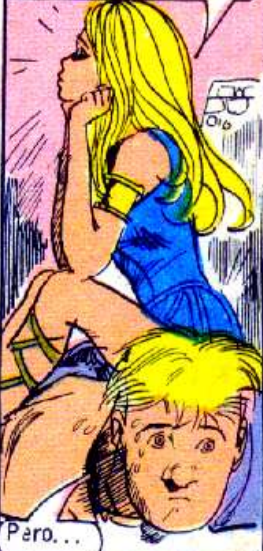
Pero...

Dime, ¿has pensado alguna vez en casarte?



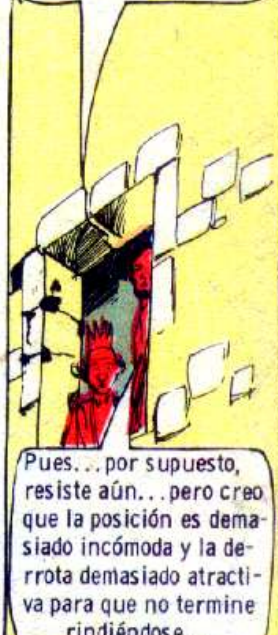
¿Yo? ¡Jamás! ¡Soy un guerrero!

Entonces es mejor que comiences a pensarlo si es que alguna vez quieres volver a ponerte de pie.



Pero...

¿Cómo lo ves, Nippur?



Pues... por supuesto, resiste aún... pero creo que la posición es demasiado incómoda y la derrota demasiado atractiva para que no termine rindiéndose...

¡Bah! Ven. Tengo seis tipos diferentes de vinos en mis bodegas. Aprovechemos ahora que estos complicados jóvenes no nos molestan.



¡Buena idea!

Fin

**NIPPUR de LAGASH**Por **ROBIN WOOD****EL HOMBRE  
NECESARIO  
PARA LARSA**

Entré en la ciudad de Larsa por la puerta que todos llaman Puerta del Garfio, ya que allí son colgados los delincuentes ejecutados en el día. Es una puerta oliente siempre a carne muerta y donde vive una perpetua bandada de buitres.

Aquel día eran tres los cuerpos...

(Vaya... La justicia de Larsa es activa.)



(Y además hay algo que me sorprende. Esos muertos no parecen gente de baja condición. Sus ropas son finas...)



(Y uno es una mujer...)



Dime, viejo, ¿qué ha pasado aquí? ¿Quiénes son esos muertos?



Nada sé, extranjero. Nada he visto. Nada he...

Tengo un pellejo lleno de vino. ¿Querías un poco?

¡Los dioses te bendigan! ¿Qué quieres saber?



Nada más que lo dicho. ¿Quiénes son los muertos?



Miembros de la familia del muerto patesi de Larsa. Su última sangre, excepto el joven Gugalanna, que aún vive prisionero en un ziggurat.

Sigo igual que antes en mi ignorancia.

Verás. En Larsa era patesi, era rey, el viejo Tal-Es-Mar, que lo fue por muchos tiempos. Nos dirigió en todas nuestras guerras y siempre fue bastante tolerante con los impuestos.



Tuvo hijos y nietos y también un sobrino llamado Enki, hijo de una hermana que se casó y murió en tierra de los hititas. De ellos aprendió Enki el uso de las armas y de allá trajo amigos.

Cuando el viejo Tal-Es-Mar comprendió que la hora del largo sueño llegaba reunió a los importantes del pueblo en un consejo y dejó como heredero a su nieto Gugalanna, joven de mente limpia y cuyo nombre fue recibido con beneplácito.



Pero el viejo cometió un error. Dio el dominio de la guardia a Enki, quien la llenó de hititas afectos a él, la moldeó a su gusto y la tuvo alerta como un perro de caza esperando su oportunidad.



Esta llegó con la muerte de Tal-Es-Mar. El viejo murió de viejo durante una comida pero Enki bramó que había sido envenenado y lanzó a sus hombres sobre la ciudad.



Casi toda la gente del patesi fue encerrada y esta mañana fueron decapitados y colgados. Son esos que ves allí.

¿Y el joven Gugalanna?

No se han atrevido a tocarlo pero ya verás cómo de un momento a otro nos llega la noticia de su suicidio. Ya verás.

Hablas mucho, viejo.

Y tú preguntas mucho, forastero.

Se nos habían acercado despacio, con sigilo de mal agüero. No eran sumerios. Sus corvas narices, sus cogotes de toro, sus bocas crueles y sus polainas de cuero revelaban su origen. Hititas.

¿Por qué quieres saber tanto, forastero?

No me gustan los hititas. No me gusta su pesado orgullo de espadas y escudos.

El preguntar mucho lleva a la sabiduría, hitita.

O a la muerte.

A veces no hay que apresurarse, hitita. No todos son ovejas en los campos. Alguna vez puedes hallar al lobo entre ellas.

Le di la espalda con un alarde estúpido y echándome el pellejo de vino al hombro comencé a alejarme hacia el interior de la ciudad...

Pero...

¡Cuidado, forastero!

Giré sobre mis talones y golpeé con el pellejo de vino la cara del hitita. Vi su espada brillar...

¡Ahhh!

**SOCK**

**HIGH!**



Muéstrame cómo lo harás. Los buitres se han hartado de picotear los cadáveres de los que han pronunciado tus palabras. Ven. Acércate.



Avanzaron sobre mí cautelosos y amenazantes. Desenvainé los cuchillos que llevaba en mis polainas y los esperé encorvado. Vi al viejo arrastrarse buscando el pellejo de vino.



Y entonces atacaron...



¡Ahhhh!



¡Quieto!



¡Ahhhhh!



Mataste a Lekharion... Perro...



¡Socorro! ¡Aquí, la guardia!



Vaya. Creo que debe tener las piernas más fuertes de todo el país de Hatti.



Ven conmigo, forastero. Antes de pocos momentos esto hervirá de guardías y no vale la pena que los esperemos. El vino no es suficiente para todos.



Sígueme...



¿Adónde me llevas? No puedo ni ver mis manos.

No protestes. Si los hititas te capturaran no te dejarían manos para ver ni ojos con qué hacerlo.



Entra aquí...



¿Y esto?



La mujer joven y hermosa que escuchaba a los hombres alzó la cabeza y pude ver sus espléndidos ojos verdes. El silencio que provocó mi entrada fue roto por su voz.

¿Quién eres?



Tal vez un hombre de Enki. Tal vez debamos...

Quietas las armas, Enamatum. Primero hablaremos.



El viejo entró tras de mí y rió al oírlo.

Haces bien en sujetar al buen Enamatum, señora, de lo contrario creo que tendríamos que recogerlo en tiras del suelo.



¿Qué quieres decir?

Este forastero debe haber crecido entre hombres de armas pues acaba de luchar contra dos hititas a uno de los cuales abrió de pies a cabeza como una oveja.



Lo traje aquí pues será buscado como una fiera en toda la ciudad. Y tú necesitas hombres que sepan pelear de verdad.

Echó un vistazo insolente al perfumado jovencito que respondía al nombre de Enamatum.



Hombres de verdad que peleen con puños y espadas y no con túnicas a la moda.



Un discreto zumbido de risas le hizo eco y el acicalado joven se sonrojó como una doncella. La mujer también sonrió y me hizo un gesto.

Acércate. Queremos conocerte.



Señora, mi nombre es Nippur, Nippur y nací en la ciudad de Lagash, la de las blancas murallas y aparte de eso no tengo mucho más que contar.



Te burlas de nosotros, Nippur, si crees que no hemos oído hablar de ti. Y creo que tu presencia es providencial así como tu choque con los hititas. ¿Tú puedes ayudarnos?

¿Ayudar a qué? ¿Y cuál es tu nombre, señora?



Me llamo Lusasa, hermana de Gugalanna, de quien tal vez has oído hablar.

He oído, en efecto. ¿Y cuál es la ayuda que solicitas?



Queremos arrojar a los hititas de nuestra ciudad. Queremos terminar con la niebla de miedo que Enki nos ha traído.

Pero no estamos muy seguros de cómo hacerlo.



Y tus leyendas cuentan de tu astucia y tu valor.

¿Y si no los ayudo?



Te daremos un caballo, alimentos y un guía que te acompañe fuera de la ciudad y te ponga a salvo de los hititas, buscaremos solos la solución.



Mi señora Lusasa, ni todas las cadenas del mundo podrían sujetarme con más fuerza que tu generosidad. Me quedo.



El viejo eructó sonoramente mientras comenzaba a destapar el pellejo de vino.

Esto merece un trago... claro que como vosotros estáis ocupados con importantes asuntos asumiré yo solo esa responsabilidad.

Estuve oculto en el sótano dos días hasta que en el sigilo de una noche fui trasladado a...



Esta es mi casa, Nippur. Aquí quedarás hasta que todo concluya.

Como tú digas.

Hace mucho que vagas por los caminos, ¿no es así, Nippur?



Muchos años, sí. Desde que Lagash fue ocupada por Luggal-Zaggizi.



¿Y qué se hizo de tu amigo, el gigante de Elam? Ur-El creo que se llamaba.

Se casó con la reina de la tierra de Merem, cerca del mar, y quedó allí. Era un hombre magnífico que necesitaba vivir para algo y a quien los caminos se- caban el alma.



¿Y tú, Nippur? ¿No has pensado nunca en dejar los caminos? ¿En buscar una mujer y casarte?

¿Hmmm?



Era una pregunta tan impertinente y al mismo tiempo tan delicada que me llené la boca de carne mientras trataba de encontrar alguna respuesta justa. Y en ese momento...

¿Qué son esos gritos?



El joven Enamatum entró como un torbellino en la sala con su elegante túnica en desorden y su rostro joven y delicado, púrpuro de cólera.

¡Lo que sospechaba! ¡El aventurero en tu casa! ¡Contigo!

Las mujeres son raras. A pesar de su gesto de fastidio, Lusasa me dio la impresión de estar encantada con la escena. Yo, por mi parte, aún tenía la boca llena y no podía ni hablar.



No eres quien para pedirme cuentas de mis actos, Enamatum.

El joven estaba furioso y la espada que sacó era digna de respeto.



¡Tal vez a ti no pero a él sí! ¡Lo voy a partir en dos pedazos!

Conseguí tragar todo lo que tenía en la boca y me dirigí al joven con una sonrisa...



Escucha, muchacho...

¡Para qué lo habré hecho! Me tiró una lluvia de espadazos que me hicieron saltar como un mono para salvar mi cabeza. Lusasa lanzó chillidos de emoción.



¡Espera, maldito seas!

Era lo mismo que gritarle a una piedra. Estaba entusiasmado con la idea de cortarme en trozos y se dedicó a la tarea con todas sus fuerzas.

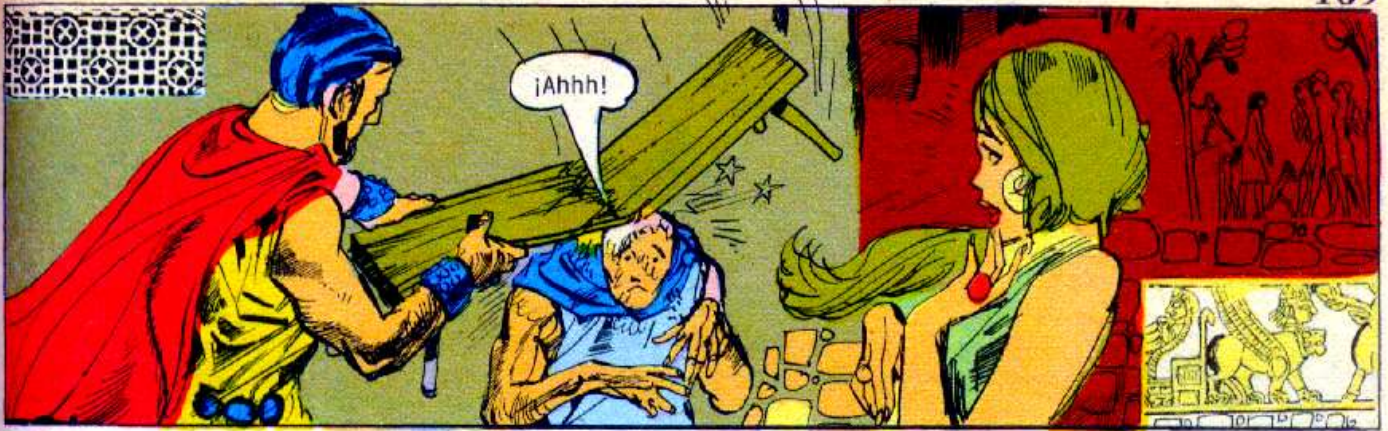


¡Espera, imbécil!

Comprendí que el razonamiento no tenía lugar en ese baile de locos y...



¡Basta!



Sallieron de todas partes. Vi la luz quebrarse en sus adornos. Manos pesadas llovieron sobre mí...



Le rompí los dientes de una patada para que no creyera que todo era tan fácil...

¡Ahhh!



Pero eran muchos y fuertes como toros y me molieron a golpes hasta que perdí el conocimiento.



Quando recobré los sentidos me encontré en una gran sala de piedra rodeada de hombres armados y a mi lado vi a...

¿Tú? Sí. Entraron a mi casa rompiendo las puertas y me trajeron aquí. Estoy llena de moretones.



Alguien nos traicionó...

Pero... ¿Quién...?



Nos miramos en silencio y la vi palidecer...

No... No puedo creerlo... Enamatum es honesto...

¿Quién, entonces, sino él?



Un par de sandalias retumbaron frente a mí y alcé la cabeza. Me imaginé que aquel corpulento joven de cara astuta era Enki.

¿Así que tú eres el que mató a uno de mis hombres?

Solamente tuve el mismo deseo que él con mayor habilidad.



Tienes una boca fácil. ¿Quién eres?

¿No te lo ha dicho el delator? ¿El que me traicionó?



Se rió sonoramente y sentí que se sentía muy satisfecho de sí mismo.

¿Delator? Nadie te ha delatado, hombre. Desde que supe que había alguien que mató a uno de mis oficiales, coloqué espías alrededor de todos aquellos que sé que conspiran contra mí. Y así vi cuando en la noche fuiste a casa de Lusasa.



¿Y ahora?

Necesitaba un motivo para eliminar a los últimos enemigos que me quedaban. Tú me has dado la oportunidad. Incluso Gugalanna caerá y ya nada nublará mi poder. Seré la voz y el corazón de Larsa.



En ese momento una voz alegre chilló desde la puerta.

¡Enki! ¡Amigo querido! ¿Cómo estás?



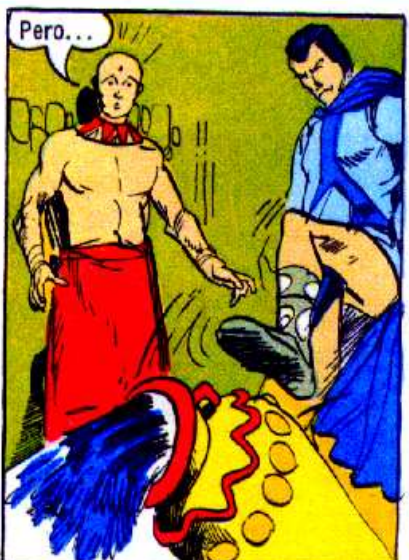
¿Tú por aquí, Enamatum? Me sorprendes.

¡Bah! Olvidemos los viejos rencores, querido amigo. Lo he meditado un poco y creo que mi conducta ha sido un poco infantil contigo...



Bueno... me alegro que pienses así...

Mira, te he traído un regalo incluso. Un ánfora de...



Pero...



Lo que siguió fue veloz. Oí el aceite antes de comprender muy bien lo que ocurría. Un líquido negro y hediente se derramó por el suelo. Vi a Enamatum arrebatar una antorcha de la pared y aullar...

¡Este es mi presente, asesino!



El aceite estalló y las llamas volaron hasta el techo. Oí gritos y burbujes. Empujé a Lusa-sa.

¡Huye de aquí! ¡Corre!



¡Toma, Nippur!

¡Gracias! ¡Retrocede también hacia la puerta! ¡Rápido!



La confusión era espantosa y el aceite estallaba lanzando chispas y gotas ardientes más terribles que lanzas. Negros como demonios, con las ropas quemadas, retrocedimos protegiendo a Lusa-sa.



¡No escaparán!



Déjame, Nippur. Es mío.

Es tuyo, Enamatum.



¿Así que te atreves a medirme conmigo, alfeñique perfumado?

No hace falta oler a cerdo para ser hombre.



¡Pues ahora olerás a sangre!



Las espadas estallaron como truenos, entrechocando. Enki estaba loco de rabia pero en los brazos de Enamatum debían haber tendones de acero...



Por ello cuando se detuvo para darse un respiro sus ojos habían perdido la luz de desprecio y estaban inseguros y alertas.

Eres duro. No lo creí...



¡Ahora verás lo duro que soy!



El ataque de Enamatum fue terrible y sus golpes hicieron tambalear a Enki, hiriéndolo por todas partes...

En el exterior hallé un gran revuelo y muchos cadáveres alrededor del ziggurat que ardía como una antorcha. Enamatum me explicó todo, satisfecho.

Cuando supe que os habían capturado decidí actuar. Mientras yo iba a tratar de liberaros, varios de nuestros compañeros asaltaron el depósito de armas y el de aceite. Repartieron las armas e incendiaron el ziggurat cuando vieron el fuego que yo provoqué.



... lo acorraló contra el fuego que vomitaba calor y olor a carne quemada y...

¡No! ¡No! ¡Espera...! ¡Podemos compartir...!



¡Ahhh!



Nada tienes para compartir como no sea tu fuego y tu muerte vil, Enki.



Los guardias que vinieron fueron todos emboscados y no fue difícil eliminarlos estando todos dispersos. También liberaron a Gugalanna y a los otros prisioneros.



Enamatum, sólo te diré que tu gente estaba equivocada al creer que necesitaban alguien de afuera. Contigo bastaba.

Gracias, Nippur. Conservaré tu elogio como la joya más valiosa.



¡Enamatum! ¡Estoy sorprendida por tu conducta! ¡Por tu culpa me he arruinado mi mejor vestido y tengo el cabello lleno de quemaduras!

Pero...

—Yo lo hice para...

¡No quiero oír más tu nombre!  
¡Jamás...!

¡Oh, Nippur! ¿Qué haré? Nada de lo que hago le parece bien. Hace ya cinco años que vivo para ella y mira cómo me trata...

Este... escúchame, Enamatum.

Yo soy un poco más viejo que tú y me gustaría darte un consejo. ¿Quieres que ella cambie su conducta contigo?

¡Claro que quiero!

Recogí un grueso palo del suelo y se lo di. Miró el palo y me miró a mí...

¿Tú crees...?

Te sorprenderá ver los resultados.

Volví a mirar el palo y lo sopesé. Luego miré calculadoramente hacia Lususa que se alejaba. Y entonces gruñó.

¡Ya lo creo! ¡Es una buena idea!

¿Quieres?

Gracias. Eres oportuno.

¡Ah! ¡Excelente!

¡Dame un poco!

¿Cómo va eso?

Pues... creo que Lususa va a tardar mucho tiempo en sentarse. Enamatum sabe poner entusiasmo en lo que hace...

Ah... ¡Hic!

# NIPPUR DE LAGASH

# LA FERIA

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Mi nombre es Nippur y con una espada y un morral de carne seca y maíz, recorro los caminos arrapado en la sensualidad del vagabundo que no debe defender ni añorar nada porque nada posee.

Dibujos de L. OLIVERA

Soy un hombre rico en nostalgia, en soledad y en vanidad porque bien saben los dioses cuán soberbios somos los solitarios. Tan soberbios que elevamos altares para admirar nuestra soledad.



¡Eh, tú!



¿Qué quieres?

Llevo tu mismo camino. ¿Me dejas ir contigo?



¿Por qué quieres ir conmigo?

Tienes una espada y muchas cicatrices. Debes ser guerrero. Podrás protegerme si soy atacada.

Eres muy hermosa. ¿No temes que sea yo mismo quien te ataque?

No. Tienes los ojos amargos de aquel que ha perdido sus ilusiones y sus deseos. Para tí las mujeres ya no tienen valor.



Eres extraña.

¿Y tú no?



¿Cómo te llamas?

Ah. Soy hechicera.



¿Y tú?

Nippur. Soy solitario.



Yo no. Yo amo a las gentes y ayudo a que curen sus rebaños y sus hijos. Maldigo a aquellos a quienes detesto y entonces sufren toda clase de tragedias. ¿Y tú?



Soy viejo. He olvidado el odio y el amor. Perdí a mi mejor amigo y perdí a mi más grande amor. Luego mi sangre se secó como una raíz sin agua.



Eres apuesto y tienes los ojos helados. Me gustas...



¿Adónde vas?  
A Lagris. Hay feria allá y me darán piezas de plata por leer la buenaventura. Ven conmigo.



¿Por qué no? Da lo mismo.



Allí está la ciudad. Me apasiona ese bullicio.

A mí no. Me recuerda las manadas de cabras de mi país.



Instalaré mi puesto junto a esa columna. Y tú, ¿qué harás?  
Vagaré un poco.



¿Volverás?  
Tal vez.



(Prestidigitadores... Ladrones... Perdidos... Lo de siempre...)



¡Eh, tú! ¿No quieres luchar contra el gran Callus?  
No...



Eres fuerte y tienes espaldas enormes. Habría apuestas y un gran premio. ¿Te interesa?  
No.



(Buscaré un puesto donde me den algo de carne y pan...)



Extranjero, ¿quieres comer conmigo?

¿Y quién eres tú? ¿Y por qué tu generosidad?



Me llamo Ilam y estoy buscando a un hombre como tú.

¿Para qué?



Recién te ha detenido Umas, el propietario de los luchadores, ¿verdad?

Así es. ¿Y qué?



Te habló de un premio, ¿verdad?

Sí.



Ese premio es una esclava. La más hermosa que jamás se vio en Sumeria.

Creo que voy entendiendo.



Tú estás enamorado de ella, ¿verdad?

Pues... pues... sí.



Pero mírame. Soy un montón de huesos y sufro de tos. No puedo luchar por ella.

¿Y quieres que lo haga yo?



Te pagaré bien.

¿Quieres desposarte con esa muchacha?



¿Desposarme? ¡Es sólo una esclava y yo soy un negociante rico! No. Sólo la quiero en mi casa como una sierva más.

No me gusta tu manera de hablar.

Te pagaré bien. Diez piezas de oro si ganas...

Además, ¿acaso sería mejor su suerte si la consigue algún cabrero o algún labriego? En mi casa estará bien y nada le faltará. Soy rico...

Hablas de tu riqueza como el matón de sus músculos.

Déjame pensarlo. Encuéntrame aquí a la hora del oscurecer.

Recuerda. Diez piezas de oro... o quince.

(Estoy curioso por ver a esa esclava que ha conseguido hacer tanto impacto en este imbécil. Iré hasta la tienda del luchador.)

(Debe ser aquella...)

(Sí. Es bonita... Supongo que un joven quedaría prendado de su preciosa cara de oveja... Y parece muy ocupada mirando algo...)

(Y ese algo parece ser ese hermoso pastor... y menuda cara de tonto tiene él. Debe estar enamorado...)



(Se aleja hacia la tienda...)

Lo seguí porque ni mis años ni mis experiencias han conseguido curar mi curiosidad...  
 (Creo que esto es ni más ni menos que...)

(Sí. Una cita de amor.)

Tenemos que tener cuidado, Uri. Umas, mi amo, sospecha que nos seguimos viendo y me ha amenazado con molerme a palos si lo descubre.

Necesitaba verte...

Escucha... hoy desafiaré al luchador...

¿Otra vez, Uri? La última vez te rompió una pierna y estoy segura de que mi amo te ha dado órdenes de matarte esta vez.

Prefiero que me mate a vivir sin ti.

¡Oh, Uri!

(Oh, jóvenes. Las imbecilidades que se dicen con tanta seriedad deben hacer reír a carcajadas a los dioses...)

(Me agradan los enamorados... Son bellos como flores y tontos como vacas...)

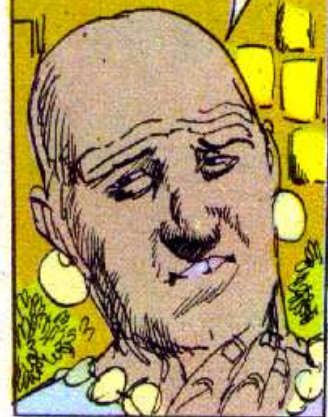
(Me gustaría ayudarlos...)

(¿Y por qué no?)



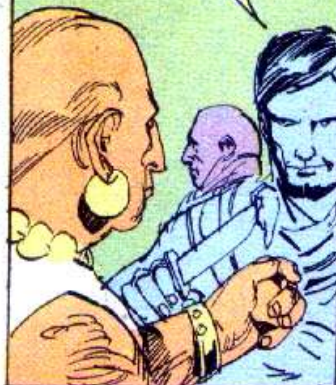
Gruñó porque debía ser avaro, pero la codicia por la muchacha lo acicateaba.

Está bien. Pide lo que quieras.



¿Has decidido pelear por la muchacha?

Pues... Tal vez...



Claro que si gano al luchador me darás veinte piezas de oro.

¿Qué? ¡Estás loco!



No. Cualquier comerciante pagaría cuarenta piezas por la muchacha.

No discutamos. Te daré las veinte piezas de oro si ganas al luchador.



Eructé placenteramente y me puse de pie.

Entonces no perdamos el tiempo...



¿Quién lucha con Callus, el hijo de los dioses de las batallas? ¡Mirad el premio! ¡La más hermosa esclava que imaginó el alma de los hombres!



(Hmm. Creo que el joven pastor piensa salir ahora. Es mejor evitarlo...)



Alzó el brazo para llamar la atención del feriante y entonces...



¡Excelente! ¡Acércate para que puedan verte! ¡Comenzad las apuestas, amigos!

Un murmullo de voces se alzó en la multitud y oí comentarios por todas partes...  
Es muy pequeño comparado con Callus.  
Tal vez, pero mira su espalda y sus manos...

Me recuerda a mi difunto marido. Era así de apuesto.  
Pues por lo que yo recuerdo era jorobado.

Es muy apuesto.  
¡Vete a casa, Ingahacem! ¡No haces más que mirar hombres!

Desde su asiento de madera, Callus me observaba. Parecía fuerte como un toro e inteligente como un asno.

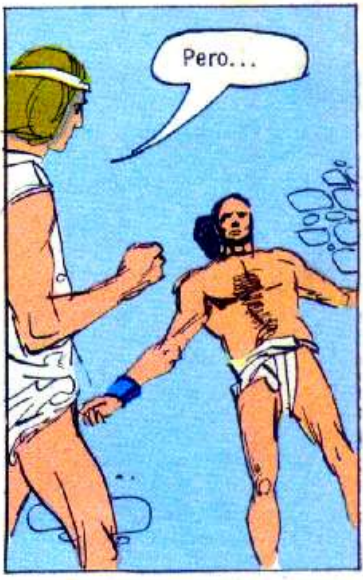
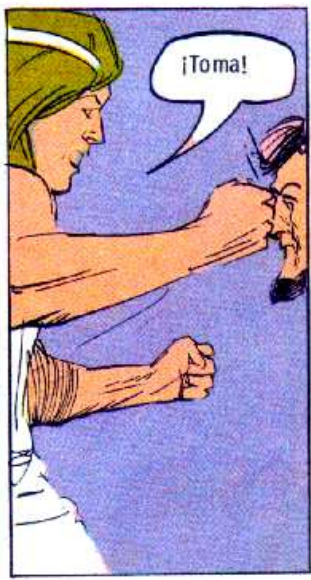
¿Estás listo?

Me puse de pie. Me sentía contento, fuerte y feliz. Se necesita poco para sentirse bien...  
Estoy listo.

Callus se acercó bamboleándose. Parecía grande como un carro y sentí un olor que no me resultó desconocido... "Aceite. Debe estar todo embadurnado..."

(O sea que no debo intentar agarrarlo...)







¡Qué puño tiene este muchacho...! Me declaro vencido... No quiero arriesgar mi vida en otro golpe... Que se lleve a la esclava...

Pero...



¡Uri! ¡Lo has conseguido!

¡Por fin juntos!



¡Maldito seas! ¿Cómo has podido perder ante ese jovencuelo? Ha sido el designio de los dioses...



¿Y mis piezas de oro? ¡Vete a los infiernos! ¡No hay esclava y no hay oro!



El trato era que yo tenía que ganar al luchador y gané. No me hagas enojar. Calma... calma... ¿No creerás que pensé en negarte tu oro? Era una broma...



Hola, hechicera...

Hola, solitario. Temí que no volverías.



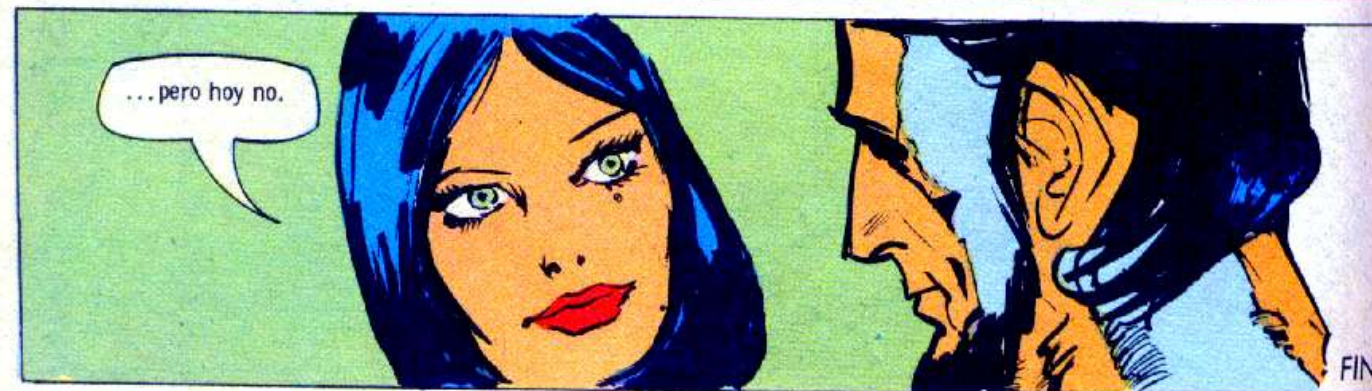
He vuelto. Hoy quiero besarte y acariciar tus manos cerca de las hogueras y quiero que me cantes algo de tu país. No quiero ser solitario hoy.



Me alegro de que hayas vuelto.



Y me alegro de que hoy no quieras ser solitario. No lo serás hoy. Tal vez mañana otra vez...

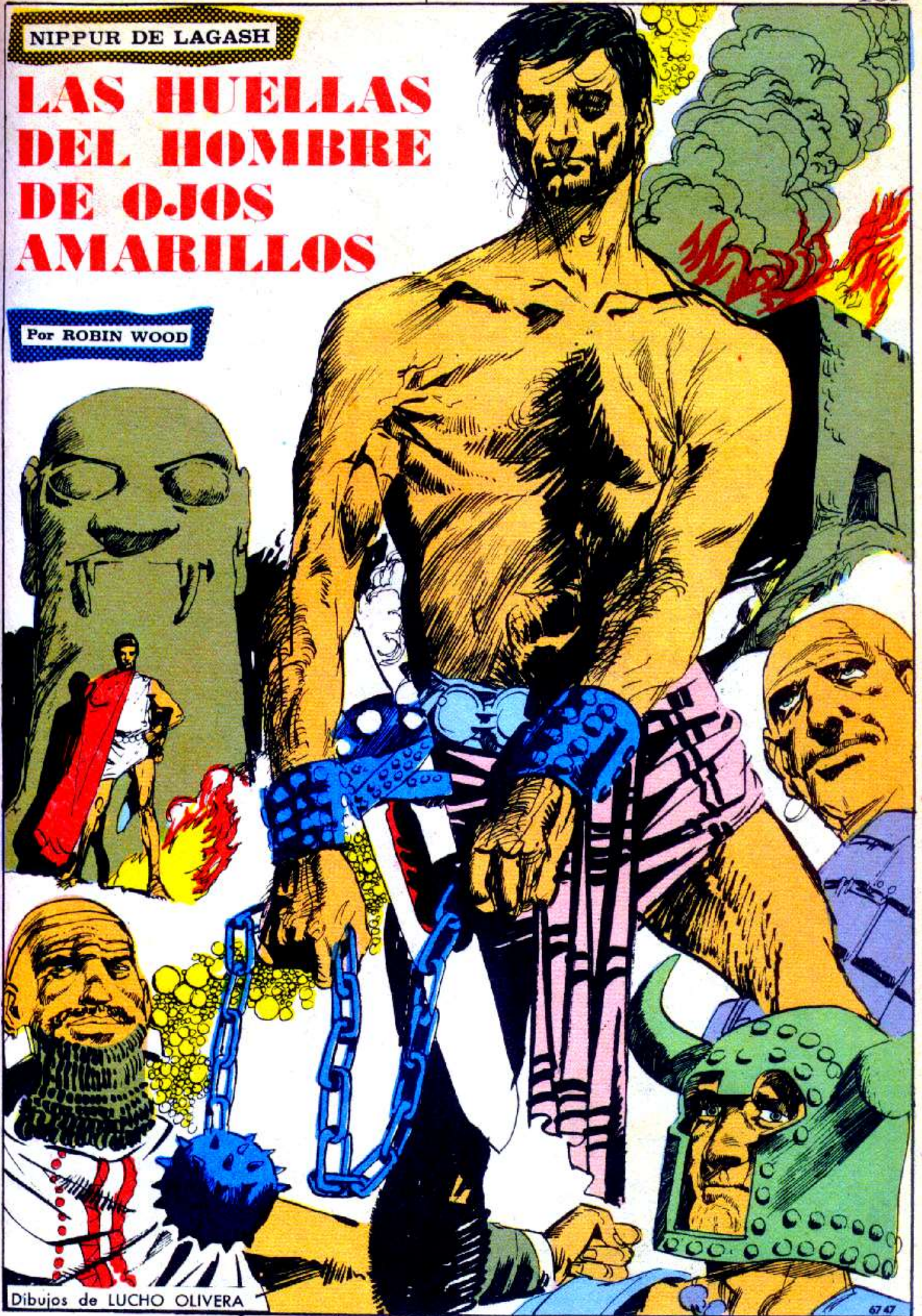


... pero hoy no.

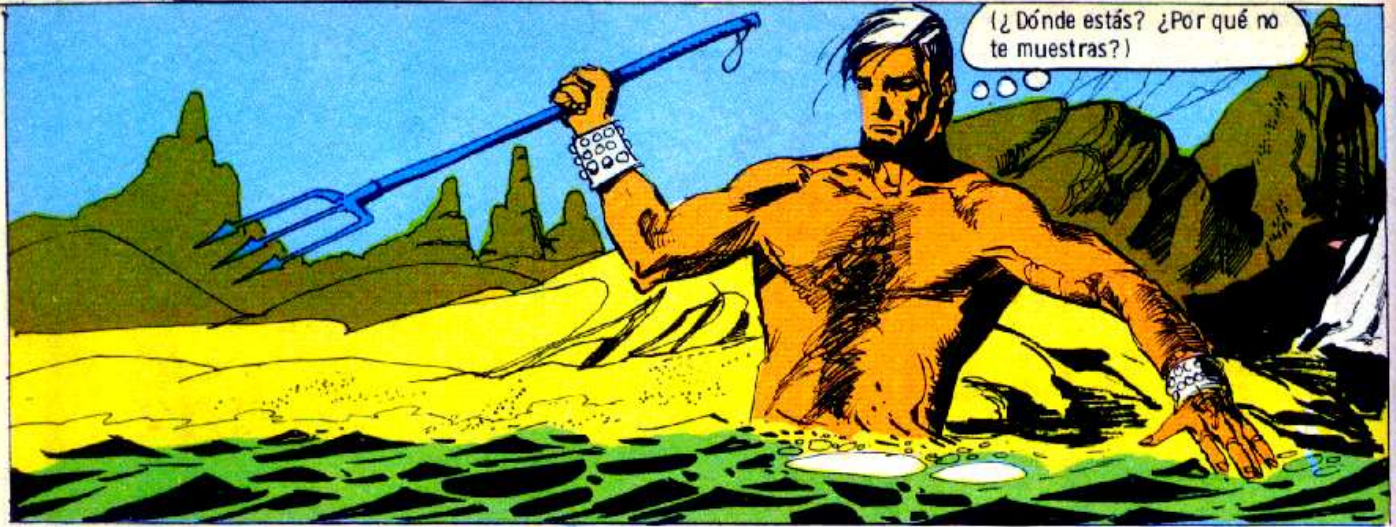
NIPPUR DE LAGASH

# LAS HUELLAS DEL HOMBRE DE OJOS AMARILLOS

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA





A mí me has capturado.

Claro. Tú eres una hechicera. Has cuidado tanto de tus filtros y tus hierbajos que no has tenido tiempo de conocer hombres y así te has prendado de mí como un asno de la carga que lleva.

A veces tienes sabor a sol en la boca cuando te beso y te dejas adorar con tal naturalidad que pareces un dios. Me gustaría saber de dónde vienes.



¿Para qué? Hasta yo mismo lo he olvidado.

Pasaron dos meses desde que conociera a A la, la hechicera, y me había dejado sujetar a su red de ternura y cabellos sedosos. Levanté una choza a orillas del mar y viví como un pescador.



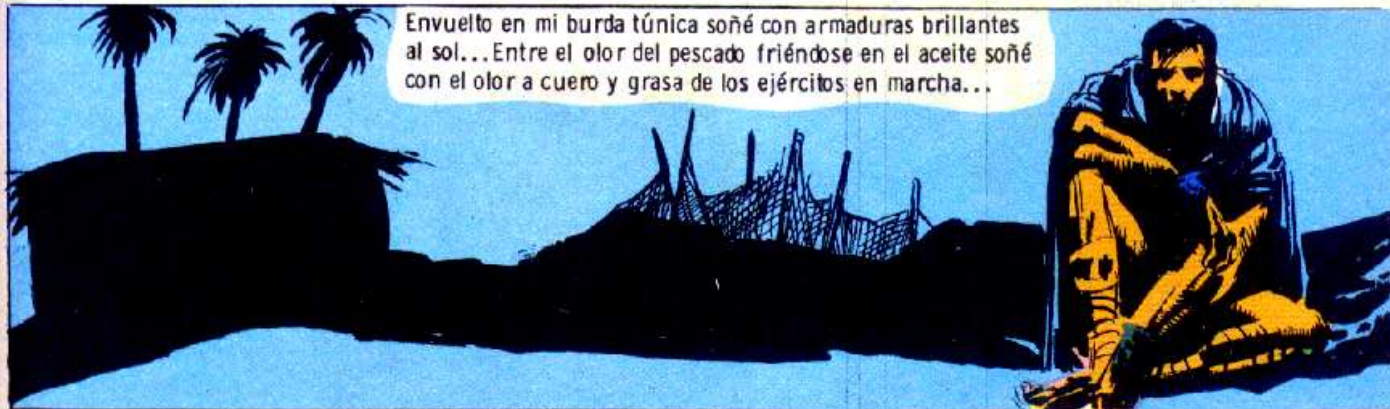
De día nada deseaba mientras arrojaba mis redes al mar o recogía almejas o cazaba en los bosques. El sol me doraba la piel y mi barba crujió de sal.



Era de noche... Empezó en el segundo mes. Sentado junto a la hoguera comencé a soñar... Con la cabeza sobre una mano comencé a soñar... Con una mujer cuya mirada se entristecía comencé a soñar.



Envuelto en mi burda túnica soñé con armaduras brillantes al sol... Entre el olor del pescado friéndose en el aceite soñé con el olor a cuero y grasa de los ejércitos en marcha...



Solo en mi arenal comenzó a aturdirme el estrépito de las legiones en marcha y de los imperios desmoronándose...



(Sargón...)



(Debo ir a Akad. Sargón comenzará su lucha contra Luggal-Zaggizi y contra Biluma. Necesitaré jefes.)



(¡Ja! ¿Qué dirá cuando me vea con mis ropas de pastor y mi bolsa con comida? Se reirá y dirá: "Este es mi amigo, el loco que prefiere los caminos polvorientos a los palacios blancos...")



(Sí, iré junto a él. Estoy cansado de vivir como un labriego o un pastor. De pronto siento sed de batallas y de ver ejércitos brillando bajo el sol.)



¿Cuándo te irás?

¿Eh?



No he dicho nada de irme.



No, pero lo estás pensando. Tus pensamientos son tan consistentes como el bronce.

Tal vez haya pensado en irme, Aia, pero si lo hago te llevaré conmigo.



¿De verdad, Nippur?

De verdad. Sabes que no miento.



Pero... ¿Lloras?

Oh, Nippur... Soy tonta... o soy mujer simplemente... Hace tiempo ya que te veo hincado en la arena soñando con cosas desconocidas para mí y he tenido miedo...





Miedo de perderte... Los hombres no tienen idea del mundo tenebroso de los temores de las mujeres. Es un mundo de sal y de lágrimas escondido y en el cual peregrinamos tanto...



Y yo te amo tanto...  
Cálmate. No me hagas sentir culpable de tus lágrimas.



¡Oh, no! Estas son lágrimas de felicidad...  
Criatura... ¿Cuándo sufres, callas y lloras cuando eres feliz? Qué extraña eres...



Soy una mujer, nada más.  
No hay mayor misterio que éste.



Espera...  
¿Qué ocurre?



He oído algo que se acerca.



¿Quién va?



Paz. Soy solamente un forastero de paso.



Acércate. No negamos fuego ni comida a nadie.

Benditos sean los dioses.



No me detendré mucho. Sólo quería algo de comer y un sorbo de vino. Pagaré bien.

No me gustó. Tenía una mirada amarilla y sucia y sus ojos eran barrosos al mirar a Ala. Estaba sucio y llevaba armas de guerra.



No necesitas pagar nada. Sírvete.

Gracias, hombre generoso.



Comía como un cerdo, atorándose, atragantándose y untando de grasa su cara. A la se apartó con repugnancia. Luego...

Te doy las gracias... Me voy....



...pero ya que no aceptáis pago, permíteme que obsequie a tu mujer con este pequeño regalo.

Si es tu voluntad...



Te agradezco. Es muy hermoso.

Consérvalo como recuerdo de un caminante agradecido. Adiós.



Tal vez lo juzgué mal.

Tal vez...



Y ahora continúa diciéndome esas cosas hermosas...

Nada de ello. Vamos a dormir. Mañana iré a cazar temprano.



(Iré a cazar y luego comenzaré a observar los caninos que deberemos seguir para llegar a Akad. Tal vez consiga...)

Me dormí casi sin darme cuenta mientras el mar bramaba sobre la arena saliendo el aire y los vientos...



Y abrí los ojos cuando las lanzas se apoyaron en mi cuerpo.

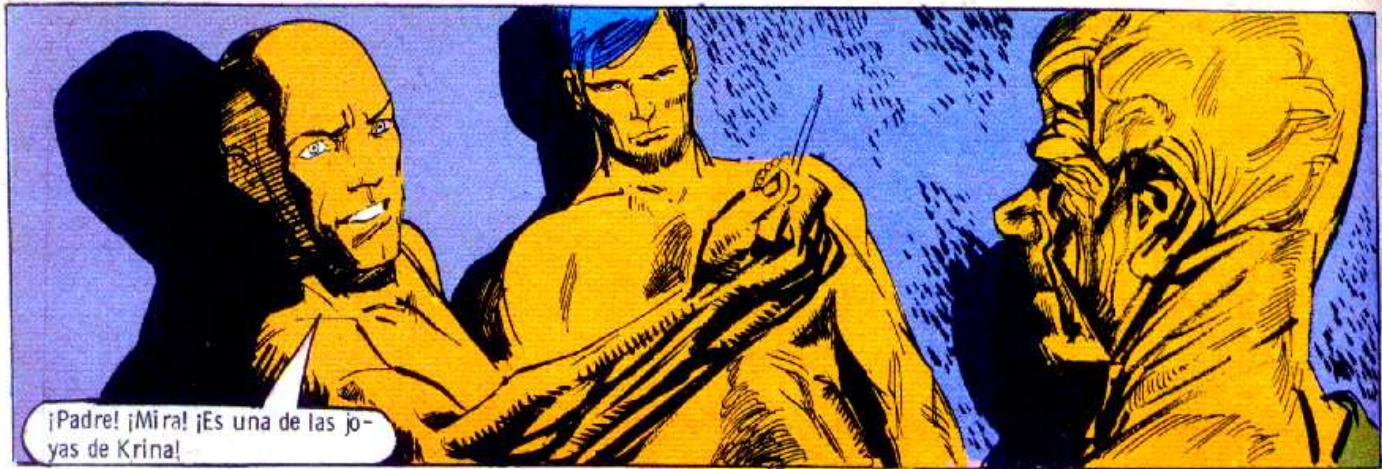


Me enderecé despacio rodeado de aquellos hombres mudos y terribles, quienes parecían fantasmas negros nacidos en la noche.



¿Qué ocurre? ¿Quiénes sois?





¡Padre! ¡Mira! ¡Es una de las joyas de Krina!



El anciano se volvió hacia mí y vi sus ojos inundándose de luna, fríos como la muerte.

¿Así que eres tú?



Espera un momento. Esa joya fue obsequiada a mi mujer hoy por un viajero que pasó por aquí. Un hombre de ojos amarillos.



¿Ojos amarillos? Así lo describió el pastor, padre.

Tal vez sea él. Es corpulento y tiene armas de guerra.



¡No seas tonto! ¡Yo no soy el hombre que buscas!

Y si lo eres no creo que me lo dirías. Creo que eres el que buscamos.



Si me dejas en libertad yo te traeré a ese hombre.

O no te volveré a ver. No. Prefiero matarte.



Deja que mi marido vaya tras ese hombre. Yo quedaré como rehén. Uno de vosotros puede quedar conmigo.

Hmmm.



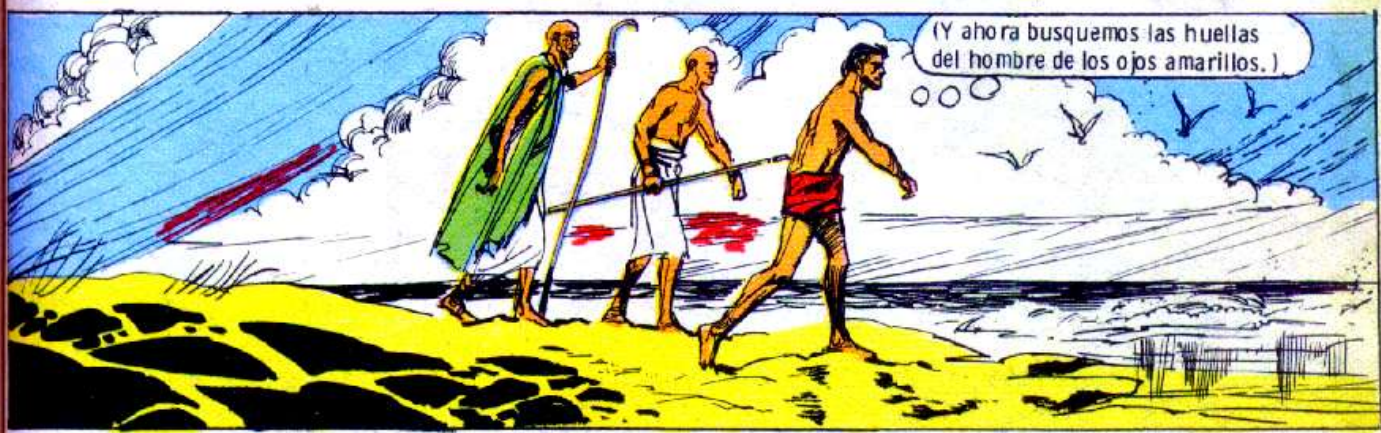
Muy bien. Vamos, pescador y busca a ese hombre. Uno de mis hijos quedará con tu mujer.

No toquéis un dedo de mi mujer. Sería para vosotros como tocar el dedo de la muerte.



Cuídate, Nippur.

Espérame. En el nuevo día comenzaremos nuestro camino.



(Y ahora busquemos las huellas del hombre de los ojos amarillos.)



Aquí. Ha marchado cerca del mar y sus huellas son claras...



(Es astuto como un lobo. Dio ese prendedor a Ala pensando que nos matarían y dejarían de perseguirlo.)

Caminamos sin cesar toda la noche bajo la luz de la Luna. Comencé a inquietarme.

Hay algo que me extraña...

¿Qué?



Camina tan abiertamente. Como casi invitando a que sigamos sus huellas. El sabe que lo persiguen y ha demostrado ser astuto...



Tal vez tu historia sea cierta y él crea que te hemos matado y confía...



No. El es como un animal salvaje... El no confía...

Se está burlando de nosotros pero no sé cómo...



Está amaneciendo...

Sí...



Pero... Las huellas desaparecen aquí junto a este lodazal...

Como si hubiera caído en él...



Si eso ocurrió, nuestra cacería termina aquí...

Sí. No puede haber salido vivo de este pantano.



Espera...



Me incliné junto a las huellas del fugitivo. A su lado estaban marcadas las nuestras. Algo me había llamado la atención...

La profundidad...



¿Por qué las huellas de él son más profundas que las nuestras, si es de nuestro mismo peso y tamaño?

Es verdad... Tal vez...



El pisó dos veces estas huellas... viniendo primero... Luego caminó hacia atrás sobre ellas mismas...



Aquí dejan de ser profundas...

Sí... Aquí saltó hasta esos matorrales...





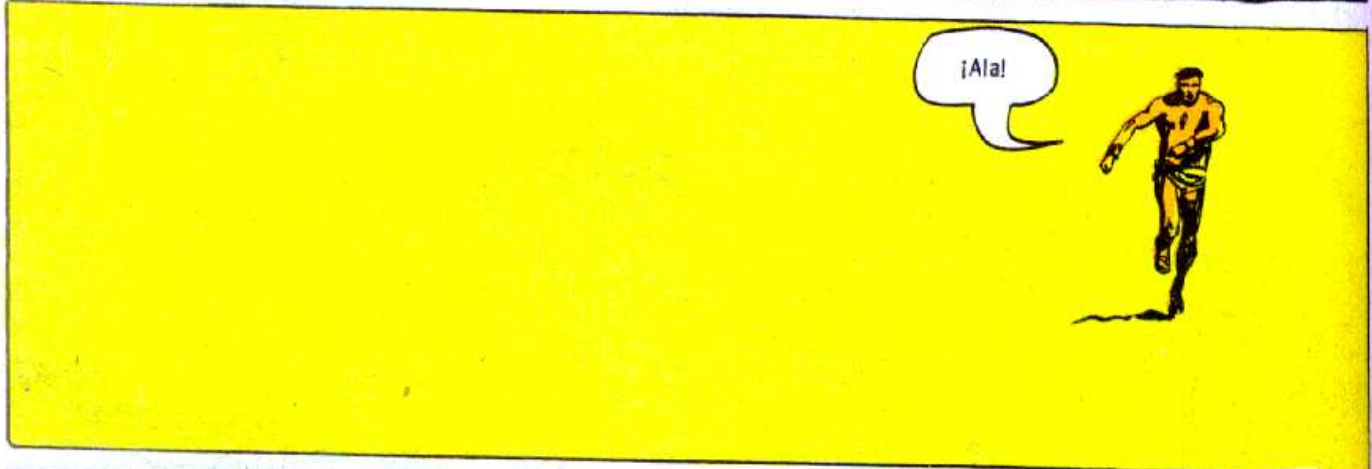
Y aquí comenzó a correr. Miren lo hundido que están las puntas de sus pies... Corría a toda velocidad hacia...



Hacia el lugar de donde vino...



Ah...



¡Ah!



¡Ah!

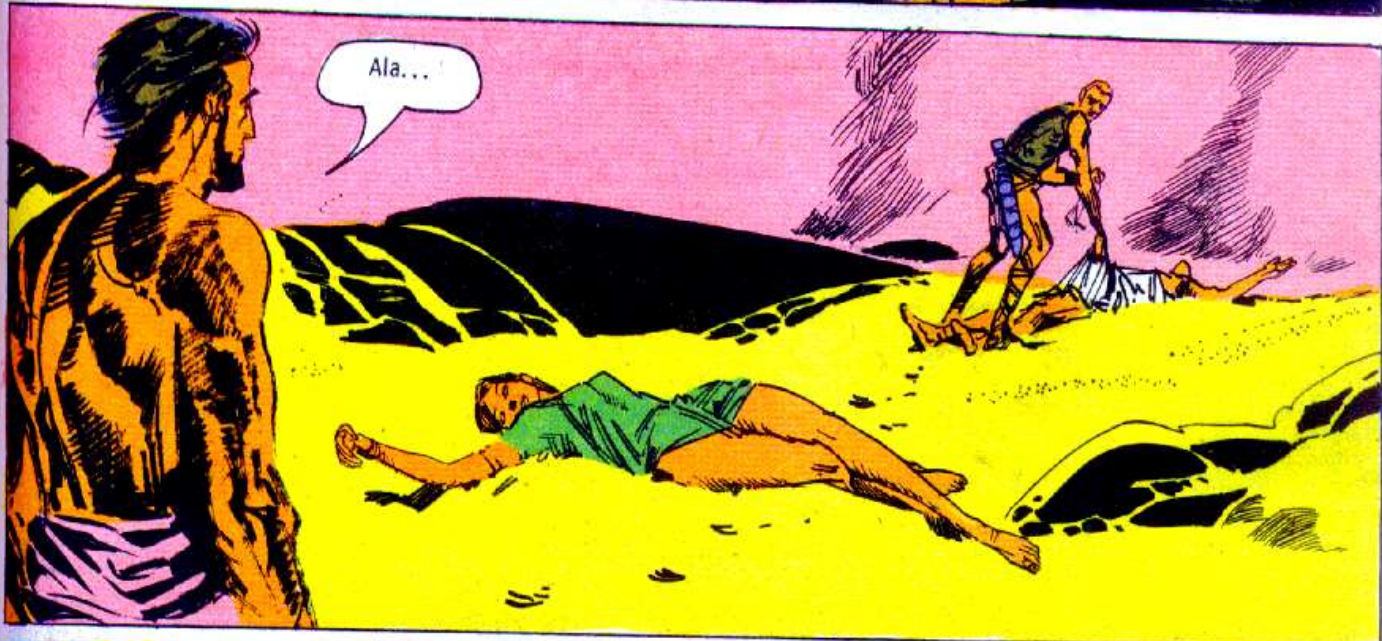


Corrí sin pensar en nada, olvidado de todo. Corrí sobre la arena húmeda en el amanecer grisáceo y frío...

Corri... corri...



Ah...



Ah...



El debió creer que confiados en su muerte no volveríamos con rapidez y estaba saqueando al joven muerto. De pronto me vio...

¿Tú?



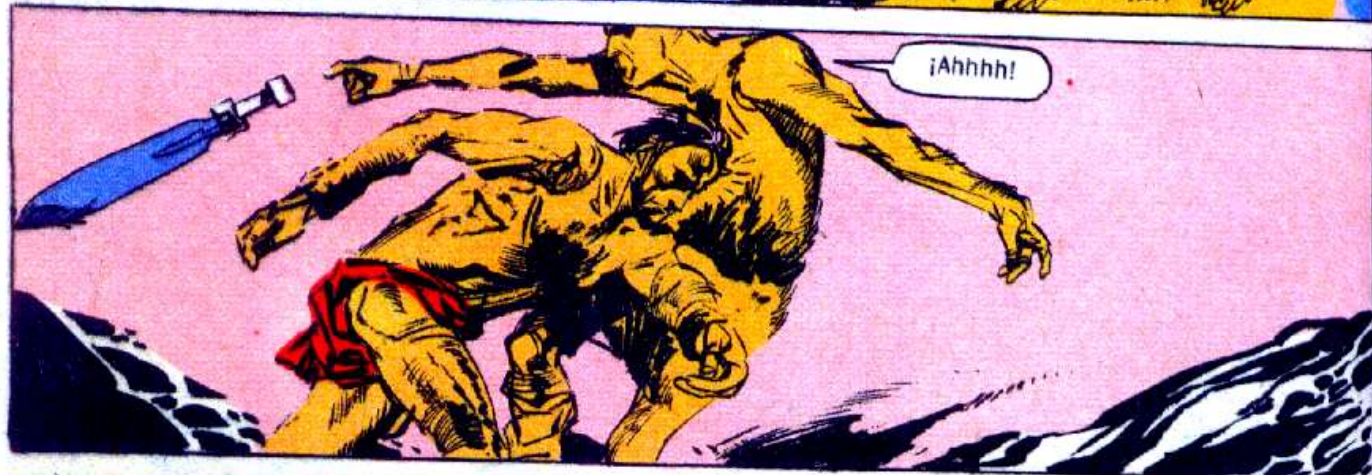
¡No!



No dije nada. No podía hablar. Tenía los ojos llenos de niebla. Caí sobre él como una montaña...

¡Ah...!







Déjalo, pescador. Está muerto.

Perro...



Ala... Ala, despierta... La pesadilla ha terminado. Despierta... Ríete... Dime algunas de tus pequeñas cosas...



Por favor... mi pequeña hechicera. Mi niña del mar... ¿No me dices nada?

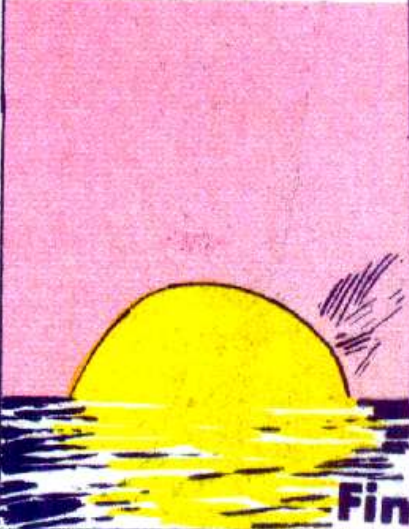


Entonces... ¿Es cierto...?



¿Es cierto que me has dejado?

El mar retumbaba fragorosamente cerca nuestro y los primeros rayos de sol palidecieron al oír mi primer, mi terrible primer sollozo...



Fin

# NIPPUR DE LAGASH

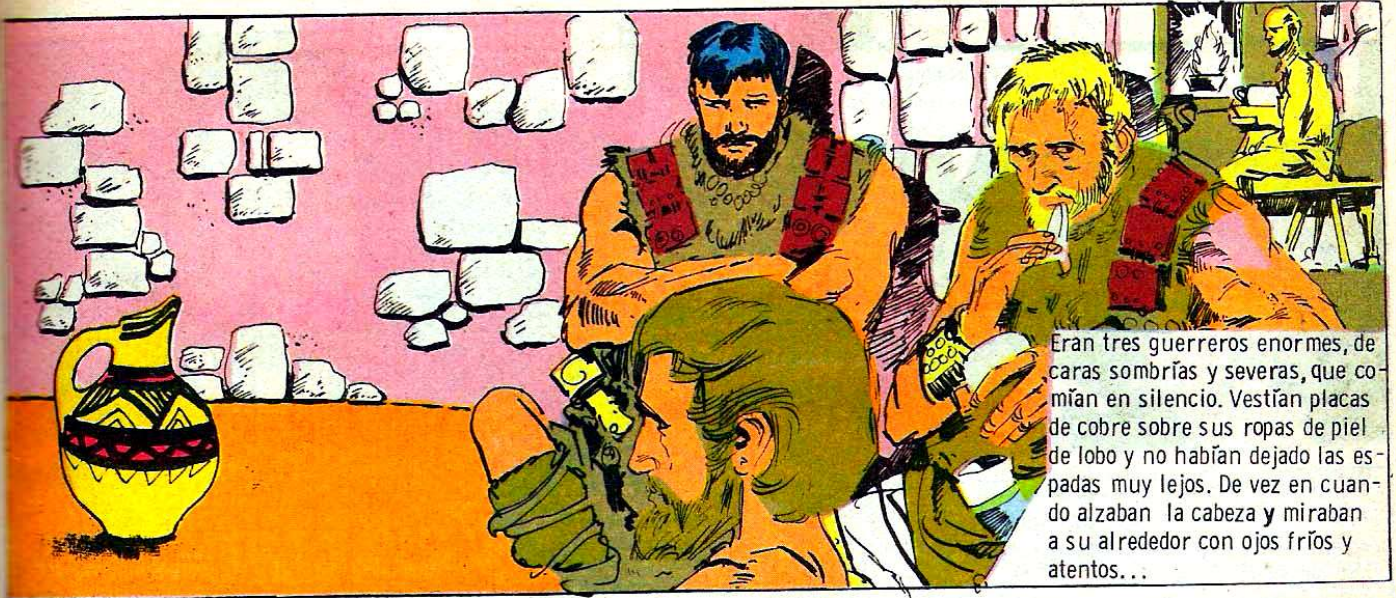
Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE  
LUCHO OLIVERA



**MELODÍA  
DE LA FLAUTA  
Y EL  
GUERRERO**



Eran tres guerreros enormes, de caras sombrías y severas, que comían en silencio. Vestían placas de cobre sobre sus ropas de piel de lobo y no habían dejado las espadas muy lejos. De vez en cuando alzaban la cabeza y miraban a su alrededor con ojos fríos y atentos...



(Guerreros contratados. Marchan para unirse a algún rey... Tal vez a Sargón... Podría preguntarles...)



(Pero prefiero no hacerlo. Tal vez no vayan a reunirse con Sargón, sino con uno de sus enemigos y eso me pondría en una situación molesta...)



¡Eh, viejo! ¡Trae más vino y más carne!



(¿Por qué están todos tan callados? Tal vez no he elegido bien el lugar donde detenerme...)



(Lo mejor será seguir mi camino...)



¡Eh, tú! ¿Adónde vas?



¿A mí me hablas?

A ti, claro que sí. ¿Adónde vas?

Soy hombre libre. Nada me ata a ninguna parte.

No puedes irte ahora de aquí. Este pueblo tiene que dar su tributo viviente a nuestro señor Urumil y hasta entonces nadie deberá salir de él.

Yo no pertenezco a este pueblo. Estoy de paso por él.

No me vengas con razones. Estás aquí y aquí te quedas.

Comencé a sentir que mis sienes se hinchaban de cólera ante ese hombretón lleno de corazas y vacío de razonamientos. Dejé mi morral en el suelo.

Déjame salir.

No.

Déjame salir.

Vuelve a tu lugar y siéntate.

Cerré el puño como una maza y le aplasté la cara con un furioso golpe de pugilato heleno.

¡Ahh!

¡El perro sumerio golpeó a Attil!

¡Acabaremos con él!

Fui imprudente. Había olvidado que también otros hombres son fuertes, violentos y sabios en el arte de golpear.

¡Oughhh!

¡Ahhh!

Creo que me desmayé casi de inmediato. Sólo tuve ante mis ojos una fugaz visión de pies calzados con sandalias y luego todo fue negro...

Luego ví el rostro de Aix. Yo aún no sabía que era él, con su sonrisa bondadosa y su flauta colgada del cuello.

¿Cómo te sientes, forastero? Te han molido a golpes.

Eso ya lo supongo. Mis huesos me lo dicen. ¿Dónde estoy?

En las fosas de Urumil, el señor de la región. Tú, yo y este grandulón que Itoriqua en ese rincón somos los elegidos para el juego.

Sigo sin enterarme de nada. ¿Por qué luché con esos soldados? ¿Por qué no me querían dejar ir? ¿Qué son los juegos?

Veo que es cierto que no sabes nada...



Este es el castillo de Urumil, el señor de las lanzas. Hace un año que es ciego. Los campesinos murmuraron que los dioses quemaron sus ojos para castigar su maldad. Vive encadenado a las sombras como un perro enloquecido.



Todos los pueblos deben darle tres hombres una vez al año para sacrificar. Urumil no puede ver pero le agrada oír los gritos de los combatientes. Los hace luchar con campanillas de diferentes sonidos atadas al cuerpo y así advina el combate con sus oídos.



Tú has sido elegido por haberle roto la nariz al guardia. El grandulón este por tener una esposa muy bonita a la que quieren ver viuda.



¿Y tú?



Suavemente sopló tres acordes de cristal con su flauta...

¿Yo? Porque mi flauta pesca a las mujeres como peces de plata con su música. Porque me río de esos hombres olientes a sudor y grasa. Porque soy libre.



¿Cuándo será?

Un día de estos. Cuando Urumil lo desee.



¿Te someterás a esto?

Claro que no. Ya he revisado la fosa y aquí no podemos hacer nada. Las paredes son de piedra y no tenemos con qué cavar.



Sólo nos queda estar alertas...

Sí...



¿Contra quiénes luchan generalmente los prisioneros?

Depende del humor de Urumil... A veces los hace combatir contra sus guardias... Otras, entre ellos mismos.



Nos miramos un momento en silencio. La flauta de Aix volvió a sonar suavemente.



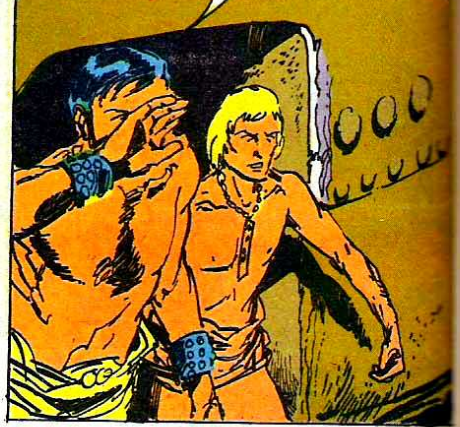
Tres días después la puerta se abrió de pronto y un torrente de luz penetró mezclado con una voz estentorea.

¡Fuera vosotros! ¡Quieren veros!



El sol nos cegó.

No veo...



Y de pronto lo ví rodeado de su séquito de guardias y cortesanos, con los ojos vacíos y una boca cruel como una trampa para matar pájaros.

¿Cómo son?



Dos son grandes y esbeltos. Uno parece muy duro y cruel. El tercero es delgado y esbelto y lleva una flauta colgada del cuello.

¿Una flauta?



¿Eres músico?

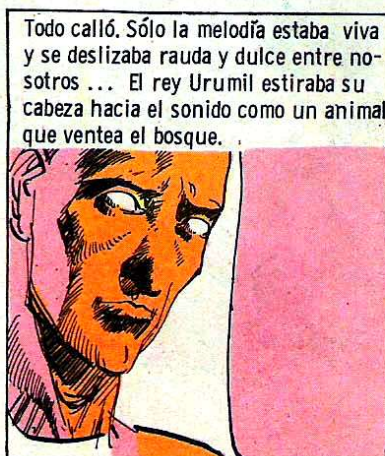
Entre otras cosas.



Toca. Quiero oírte.



Aix no vaciló. Se llevó a los labios su amarilla flauta de pastor y la primera melodía se desgranó como un reguero de semillas de flores.



Todo calló. Sólo la melodía estaba viva y se deslizaba rauda y dulce entre nosotros... El rey Urumil estiraba su cabeza hacia el sonido como un animal que ventea el bosque.



Luego, Aix calló...



Tocas muy bien. ¿Cómo lo haces?



Es simple. Tengo el corazón lleno de felicidad y de alegría y eso va en mi música.



Urumil meditó la respuesta y comprendió el desafío que había en ella. Sonrió lúgubramente.

Yo también sé hacer música, flautista. Ya lo verás. Hago música con hombres. Interpreto sonos que nunca imaginarías.



Su boca se estiró y pareció más que nunca una trampa mortal.

Yo sacaré música de tí.



Y sacarás una música que será del color de tu alma. Negra.



¡Miserable! ¡Te enseñaré a morder tu lengua...!



Pero...



¡Oufff!



Ten mucho cuidado, patán. Tu valor te pesa tanto que no puedes mantener el equilibrio.

¡Ahhhh!



¡Vete a asustar crios con tu cara de cerdo! ¡No sirves para mucho más que eso! ¡Vete!

El del rostro cruel ha apaleado a un guardia que quiso golpear al flautista.

Ahá.

¿Así que son amigos? Excelente. Veremos cuán amigos pueden ser ante la muerte.

Creo que adivino lo que ocurrirá.

Yo también. La mente del es clara. Nos enfrentará.

¿Qué haremos entonces?

Su flauta sonó dulcemente en las fosas de Urumil. Mi corazón se encogió.

¿Dónde nos encontramos exactamente?

Dentro de la fortaleza de Urumil. Estos fosos están cavados debajo de ella. La construcción es alta, redonda y hecha con piedras.

La muralla está rodeada de agua pues un río pasa cerca y Urumil lo desvió por medio de zanjas para proteger aún más su reducto. Es profundo.

Si pudiéramos salir...

No creo. La sala donde se llevan a cabo los combates se encuentra en lo alto de la fortaleza.

La flauta volvía a sonar melancólicamente en las tinieblas y yo aplastaba mi cara contra las piedras frías buscando una salvación.

(Algo... alguna esperanza...)

¡Eh, tú, flautista! Preocúpate menos de la música y más de la muerte. Mañana lucharás.

Mañana? ¿Contra quién?

Contra tu amigo, el de la barba.

No lo quise mirar. El silencio fue oprimente luego de la partida del guardia y Aix comenzó a tañir su flauta pero la dejó.

No das música. Sólo ruido.

Nippur, mírame. Mañana lucharemos pero no te preocupes. Si te ofrecen la vida, lucha con todas tus fuerzas. No pienses en mí.

Cállate.

¿Por qué? Es...

¡Cállate te digo!

(Cállate, por favor, porque esas mismas palabras me las dice por dentro un Nippur cobarde cuya carne tiembla ante la posibilidad de morir.)

(Samás, padre de la sabiduría, no me dejes caer en la tentación de vivir a cualquier precio.)

Afuera vosotros tres.

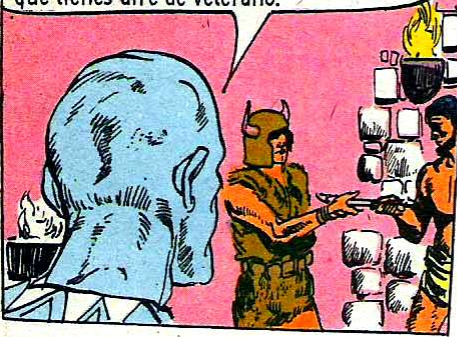
Subid. Urumil espera.

Ah. Están aquí, ¿verdad? Adivino sus pisadas. Apartad al tercero. Ese no importa. Luego crearé algo para él.

Acércate, flautista. Y tú también, guerrero. Quiero oídos. Acérquenme los dos.

Dad la lanza al flautista. Deberás servirte con habilidad de ella, flautista. Está envenenada. Basta un corte para que tu enemigo muera en pocos instantes.

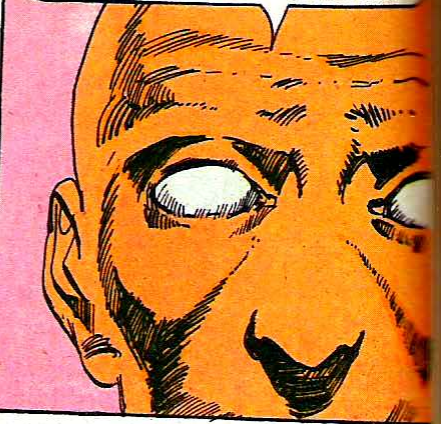
Tú recibirás un cuchillo, guerrero. Si eres herido pero matas al flautista, tu herida será quemada y quedarás libre. Te doy un arma corta pues eres más fuerte y me dicen que tienes aire de veterano.



Comenzad. Quiero oír vuestros cuerpos moverse y vuestras armas chocar.



Quiero oír música. La música que yo sé hacer sonar en vosotros. ¡Comenzad!



Nos miramos de frente, espantosamente solos sobre ese piso de piedra. No dijimos nada. De pronto Aix sonrió.

Es inútil.



¿Qué cosa?

Este rey carnicero no pulsará en mí la música que desea. No.



Si te mata (y eso lo veo muy difícil) mi flauta quedaría muda para siempre. Y prefiero morir yo y no mi música.



¡Comenzad! ¿Qué ocurre?

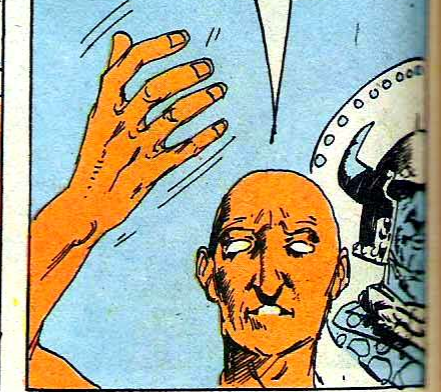
Golpea fuerte, amigo, y procura acertar. Tengo miedo y no quiero sufrir.



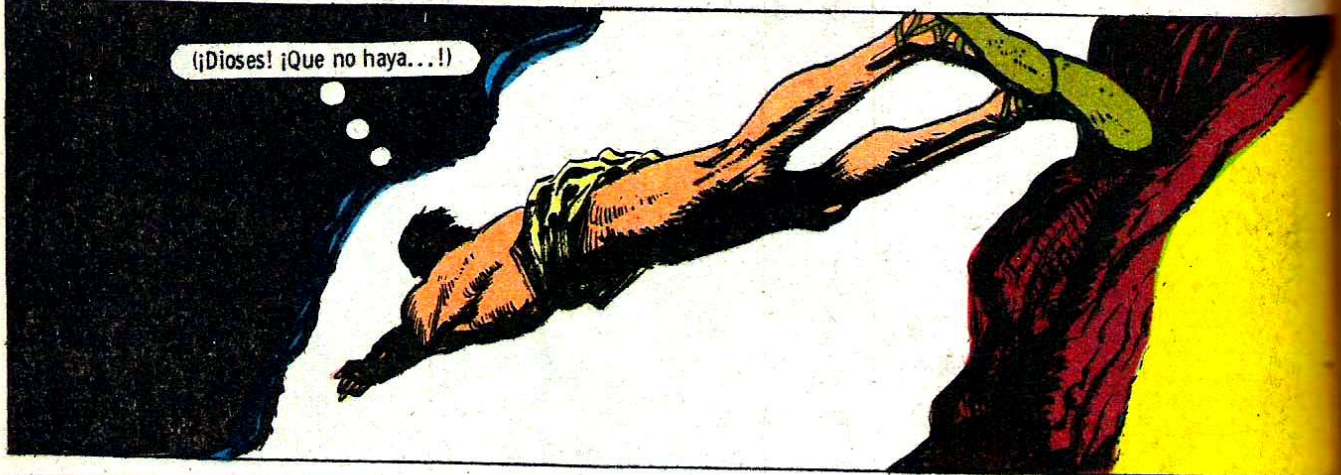
Qué valiente eres...



¡Comenzad! ¡Comenzad!







Vámonos. La música es de muerte ahora y tiene aullidos de chacal. Vámonos. No es lugar para nosotros ahora.



# NIPPUR DE LAGASH

## RECUERDO DE LOS VAGABUNDOS

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Mi nombre es Giar y soy pastor. Cuido los ganados de mi padre y los arreo por los prados verdes y pedregosos para que pasten. Tengo un perro que me ayuda y que se llama Lumas.

El trabajo de un pastor es más difícil de lo que creen aquellos que no lo conocen. Hay que cuidar que las ovejas no huyan, si se enferman hay que curarlas, si se fracturan entablillarlas. No es fácil el trabajo de pastor.



Mi padre ya no es joven y su vista comienza a fallar. Todos los atardeceres sube a una roca con mi hermana Laengrin y pregunta forzando los ojos...

¿Ves algo?



Tenía el presentimiento que lo veríamos, sin embargo.



Todos los días lo tienes.



Tal vez... Tal vez... Lo que ocurre es que anhelo tanto volverlo a ver...

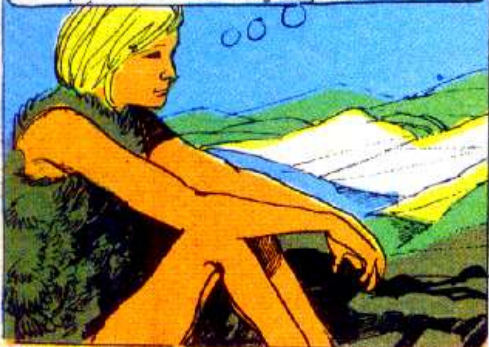


(Pobre padre. Sigue soñando con el regreso de Izasas.)



(Hace ya muchos inviernos que se fue a la guerra. No lo recuerdo muy bien pues yo era pequeño. Tengo en la mente un gran caballo piafante y la risa de Izasas. Reía como un río...)

(Pero ha pasado tanto tiempo y mi hermano no vuelve... No creo que vuelva más pero mi padre no se resigna y cada tarde sube a la colina para ver si divisa algún jinete.)



(Y para peor están los hombres de Sirnam... Haría falta un guerrero que los enfrentara.)



Samás te envíe luz, jovencito. ¿No tendrías algo de comer para dar a un pobre?



No te había visto.



Es que me muevo como un lagarto entre las rocas, pero no temas. Soy pacífico y sólo quiero implorar tu caridad.

Tengo pan y queso. Come conmigo. Luego cenarás en casa de mi padre. Nuestra casa está abierta a todos.

Los dioses te protejan y recompensen.

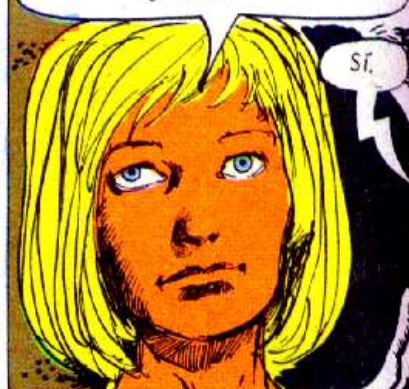


¿De dónde vienes?



De muchas partes. Del norte, del sur y del este. Vengo de muchas guerras donde he dejado trozos de mi cuerpo y de muchas penas donde he dejado toda mi alma.

Hablas bien. ¿Dices que has estado en guerras?



¿Has oído hablar alguna vez de un gran guerrero llamado Izaras?



¿Izaras? No. ¿Quién es?



Mi hermano mayor. Debe ser un gran jefe de ejércitos ahora. Volverá en un carro de oro un día.

Mira. Otro caminante.



Sí. Y éste tiene trazas de guerrero. Mira la espada que lleva.



Laengrin se sonrojó y bajó la cabeza pero advertí que observaba a hurtadillas al hombre que se llamaba Nippur.



Los comprendo.

El hombre que viene con esos jinetes se llama Sirnam, el de la mano ávida.



Se dice guerrero pero no es más que ladrón y asesino. Vive en una fortaleza de piedra y hace mucho que me acecha.

Quiere a Laengrin y también su dote o sea todo lo mío. Lo he podido mantener a raya con la amenaza de la vuelta de mi hijo mayor pero el tiempo ha pasado y ya no teme.



Me ha enviado un recado. Viene a tomar a Laengrin.

(Le ha gustado.)



¿Y qué harás?

No sé. Si pudiera pelear uno de nosotros con él sería una solución pero yo soy muy viejo y Giar aún un niño.



¡No soy un niño y me atrevo a pelear con ese mentecato!



Todos rieron y eso me irritó...

Basta de charlas. Vayamos a dormir. Mañana tendremos mucho trabajo.

Ven, señor. Te indicaré dónde dormirás.



Gracias.

Es aquí. Que los dioses velen tu sueño.



Espera...

Déjame mirarte un poco. Siempre tienes la cabeza gacha como si te avergonzara tu belleza.



Yo...

Tienes ojos azules... y mejillas suaves. Comprendo que un hombre pierda el sueño por el deseo de acariciarlas. Ah, sí. Eres hermosa.



(Qué raro. Es la primera vez que Laengrin no patea a alguno que la toca. Además se puso colorada como el fuego cada vez que el forastero la miraba. Tonta.)



(No entiendo por qué los hombres mayores andan siempre tras las mujeres. ¡Si ni siquiera saben tirar con la honda!)

¡Eh, de la casa!



¿Qué ocurre? ¿Quién grita de esa manera?

Es... ¡Es Sirnam! ¡Y viene con una decena de jinetes!





Los dioses sean contigo, Sirnam. ¿Qué deseas?

Lo sabes muy bien, viejo. Quiero a tu hija. Me he cansado de esperar respuesta.



No debiste esperar tanto. La respuesta es no.

¡Bah! ¡Palabras! ¿Pelearás conmigo por tu hija o alguien lo hará?



Mi hijo es un niño y yo soy un viejo.

¡Es lo que te digo! Te hace falta un hombre en la casa y ese hombre soy yo.



¿Tú en mi casa? ¡Ni para cuidar los cerdos!

¡Entonces me llevo a tu hija a la fuerza! ¿O alguien me lo impedirá?



Yo.



¿Quién eres tú? ¿Por qué te metes en esto?

Porque siempre hago algo de movimiento durante el día para desentumecerme. Y tú me pareces adecuado.



¿Adeuado? ¡Soy un guerrero temible!

Pues no lo pareces.



¡Te lo demostraré!





Esperaré hasta mañana al amanecer, viejo. Si para entonces no has aceptado mis condiciones degollaré a este gigante y luego a tu hijo... y tal vez a ti también.



Si haces eso, los dioses harán caer sobre tu cabeza...

Deja mi cabeza y los dioses en paz, viejo, y piénsalo.



Mis hombres acamparán aquí. Que ninguno de los tuyos intente nada. Y que preparen algo. Tenemos hambre.



(¿Qué podemos hacer? No hay dónde pedir ayuda y ellos son demasiados... ¿Qué hacer?)



La noche fue un caldo de pesadillas que al fin comenzó a licuarse bajo el sol de la mañana.

(¡Amanece...!)



¡Ah, hermoso día! Hermoso día para que se tomen decisiones.





Adiós.



Extraño lo de anoche, ¿verdad, mendigo?

Muy extraño, pero la vida está llena de misterios.



¿Sabes? Tengo una sospecha.

¿Cuál?



Tu nombre... ¿No es Izaras, por casualidad?



Sí. Sí lo es. Yo soy Izaras.



¿Y por qué lo ocultas?

¿No has oído hablar a mi padre? Esperan el regreso de un general en un carro de oro.



Carro de oro. Y decirles que soy yo. Que sepan que su Izaras es un mendigo mutilado y comido por piojos. No. Viviré cerca de ellos cuidándolos pero no les dejaré saber quién soy. Nunca.



Hiciste muy bien lo de Sirnam.

Me muevo como un lagarto en la noche y sé bastarme con una mano.

Mi nombre es Giar y soy pastor. Nunca volví a ver al guerrero errante. El mendigo, en cambio, volvió y vive con nosotros y mi padre se cortarí a un brazo antes de dejarlo ir, pues le ha tomado cariño.



Hace mucho que no sube a la colina a otear el horizonte esperando a Izaras. Creo que ya sabe que nunca volverá. Pero Laengrin sube todas las tardes a la cúspide.



Pero no es a Izaras a quien ella espera.



Y tampoco ése, al que ella espera, volverá. Estoy seguro. Nunca. Pero ella sueña en su colina.

FIN